

**José Zorrilla**

# **Don Juan Tenorio**

**Colección Averroes**

**Colección Averroes**  
**Consejería de Educación y Ciencia**  
**Junta de Andalucía**

## ÍNDICE

Parte primera .....	9
Acto primero .....	9
Escena I.....	9
Escena II.....	12
Escena III .....	15
Escena IV .....	16
Escena V .....	16
Escena VI.....	19
Escena VII.....	19
Escena VIII.....	21
Escena IX .....	23
Escena X .....	24
Escena XI .....	25
Escena XII.....	28
Escena XIII.....	44
Escena XIV .....	45
Escena XV.....	46
Acto segundo.....	48
Escena I.....	48
Escena II.....	49
Escena III .....	56
Escena IV .....	57

## José Zorrilla

---

Escena V .....	59
Escena VI .....	62
Escena VII.....	63
Escena VIII.....	65
Escena IX .....	66
Escena X .....	71
Escena X .....	72
Escena XII.....	75
Acto tercero.....	76
Escena I.....	76
Escena II.....	79
Escena III .....	80
Escena IV .....	89
Escena V .....	90
Escena VI.....	91
Escena VII.....	92
Escena VIII.....	92
Escena IX .....	95
Acto cuarto.....	96
Escena I.....	96
Escena II.....	100
Escena III .....	106

Escena IV .....	111
Escena V .....	112
Escena VI .....	112
Escena VII.....	115
Escena VIII.....	116
Escena IX .....	118
Escena X .....	122
Escena XI .....	125
Parte segunda .....	127
Acto primero .....	127
Escena I.....	128
Escena II.....	129
Escena III .....	138
Escena IV .....	141
Escena V .....	143
Escena VI.....	146
Acto segundo.....	151
Escena I.....	151
Escena II.....	160
Escena III .....	162
Escena IV .....	163
Escena V .....	164

## José Zorrilla

---

Acto tercero.....	169
Escena I.....	169
Escena II.....	171
Escena III .....	177
Escena última .....	178

## PERSONAJES

DON JUAN TENORIO.

DON LUIS MEJÍA.

DON GONZALO DE ULLOA, comendador de Calatrava.

DON DIEGO TENORIO.

DOÑA INÉS DE ULLOA.

DOÑA ANA DE PANTOJA.

CRISTÓFANO BUTTARELLI.

MARCOS CIUTTI.

BRÍGIDA.

PASCUAL.

EL CAPITÁN CENTELLAS.

DON RAFAEL DE AVELLANEDA.

LUCÍA.

LA ABADESA DE LAS CALATRAVAS DE SEVILLA.

LA TORNERA DE ÍDEM.

GASTÓN.

MIGUEL.

UN ESCULTOR.

DOS ALGUACILES.

UN PAJE (que no habla).

LA ESTATUA DE DON GONZALO (él mismo).

LA SOMBRA DE DOÑA INÉS (ella misma).

CABALLEROS SEVILLANOS, ENCUBIERTOS,  
CURIOSOS, ESQUELETOS, ESTATUAS, ÁNGELES,  
SOMBRAS, JUSTICIA Y PUEBLO.

La acción en Sevilla por los años 1545, últimos del Emperador Carlos V. Los cuatro primeros actos pasan en una sola noche. Los tres restantes, cinco años después, y en otra noche.



## Parte primera

### *Acto primero*

#### Libertinaje y escándalo

DON JUAN, DON LUIS, DON DIEGO, DON GONZALO,  
BUTTARELLI, CIUTTI, CENTELLAS, AVELLANEDA,  
GASTÓN y MIGUEL.

Caballeros, curiosos, enmascarados, rondas.

*Hostería de CRISTÓFANO BUTTARELLI. -Puerta en el fondo que da a la calle: mesas, jarros y demás utensilios propios de semejante lugar.*

#### *Escena I*

*DON JUAN, con antifaz, sentado a una mesa escribiendo; BUTTARELLI Y CIUTTI, a un lado esperando. Al levantarse el telón, se ven pasar por la puerta del fondo Máscaras, Estudiantes y Pueblo con hachones, músicas, etc.*

D. JUAN.            ¡Cuál gritan esos malditos!  
Pero, ¡mal rayo me parta  
si en concluyendo la carta  
no pagan caros sus gritos!

*(Sigue escribiendo.)*

- BUTTARELLI. (A CIUTTI)  
Buen carnaval.
- CIUTTI. (A BUTTARELLI.)  
Buen agosto  
para rellenar la arquilla.
- BUTTARELLI. ¡Quia! Corre ahora por Sevilla  
poco gusto y mucho mosto.  
Ni caen aquí buenos peces,  
que son cosas mal miradas  
por gentes acomodadas  
y atropelladas a veces.
- CIUTTI. Pero hoy...
- BUTTARELLI. Hoy no entra en la cuenta,  
Ciutti: se ha hecho buen trabajo.
- CIUTTI. ¡Chist! Habla un poco más bajo,  
que mi señor se impacienta  
pronto.
- BUTTARELLI. ¿A su servicio estás?
- CIUTTI. Ya ha un año.
- BUTTARELLI. ¿Y qué tal te sale?
- CIUTTI. No hay prior que se me iguale;  
tengo cuanto quiero y más.  
Tiempo libre, bolsa llena,  
buenas mozas y buen vino.
- BUTTARELLI. ¡Cuerpo de tal, qué destino!
- CIUTTI. (Señalando a DON JUAN.)  
Y todo ello a costa ajena.
- BUTTARELLI. ¿Rico, eh?

- CIUTTI. Varea la plata.
- BUTTARELLI. ¿Franco?
- CIUTTI. Como un estudiante.
- BUTTARELLI. ¿Y noble?
- CIUTTI. Como un infante.
- BUTTARELLI. ¿Y bravo?
- CIUTTI. Como un pirata.
- BUTTARELLI. ¿Español?
- CIUTTI. Creo que sí.
- BUTTARELLI. ¿Su nombre?
- CIUTTI. Lo ignoro en suma.
- BUTTARELLI. ¡Bribón! ¿Y dónde va?
- CIUTTI. Aquí.
- BUTTARELLI. Largo plumea.
- CIUTTI. Es gran pluma.
- BUTTARELLI. ¿Y a quién mil diablos escribe tan cuidadoso y prolijo?
- CIUTTI. A su padre.
- BUTTARELLI. ¡Vaya un hijo!
- CIUTTI. Para el tiempo en que se vive, es un hombre extraordinario. Mas silencio.
- D. JUAN. (*Cerrando la carta.*)
- Firmo y plego.
- ¿Ciutti?

CIUTTI.

¿Señor?

D. JUAN.

Este pliego  
irá dentro del orario  
en que reza doña Inés  
a sus manos a parar.

CIUTTI.

¿Hay respuesta que aguardar?

D. JUAN.

De el diablo con guardapiés  
que la asiste, de su dueña,  
que mis intenciones sabe,  
recogerás una llave,  
una hora y una seña:  
y más ligero que el viento  
aquí otra vez.

CIUTTI.

Bien está.

(Vase.)

## *Escena II*

### *DON JUAN y BUTTARELLI*

D. JUAN.

Cristóforo, vieni quá

BUTTARELLI.

Eccellenza!

D. JUAN.

Senti.

BUTTARELLI.

Sento.  
Ma ho imparato il castigliano,  
se è più facile al signor  
la sua lingua...

D. JUAN.

Sí, es mejor;  
lascia dunque il tuo toscano,  
y dime: ¿don Luis Mejía  
ha venido hoy?

- BUTTARELLI.                                 Excelencia,  
no está en Sevilla.
- D. JUAN.    ¿Su ausencia  
dura en verdad todavía?
- BUTTARELLI.     Tal creo.
- D. JUAN.   ¿Y noticia alguna  
no tienes de él?
- BUTTARELLI.                                 ¡Ah! Una historia  
me viene ahora a la memoria  
que os podrá dar...
- D. JUAN.   ¿Oportuna  
luz sobre el caso?
- BUTTARELLI.                                 Tal vez.
- D. JUAN.   Habla, pues.
- BUTTARELLI.     *(Hablando consigo mismo.)*  
  
No, no me engaño:  
esta noche cumple el año,  
lo había olvidado.
- D. JUAN.   ¡Pardiez!  
¿Acabarás con tu cuento?
- BUTTARELLI.     Perdonad, señor: estaba  
recordando el hecho.
- D. JUAN.   ¡Acaba,  
vive Dios!, que me impaciento.
- BUTTARELLI.     Pues es el caso señor,  
que el caballero Mejía  
por quien preguntáis, dio un día  
en la ocurrencia peor  
que ocurrírsele podía.

D. JUAN.                   Suprime lo al hecho extraño;  
que apostaron me es notorio  
a quien haría en un año,  
con más fortuna, más daño,  
Luis Mejía y Juan Tenorio.

BUTTARELLI.           ¿La historia sabéis?

D. JUAN.                               Entera;  
por eso te he preguntado  
por Mejía.

BUTTARELLI.                         ¡Oh! Me pluguiera  
que la apuesta se cumpliera,  
que pagan bien y al contado.

D. JUAN.                   ¿Y no tienes confianza  
en que don Luis a esta cita  
acuda?

BUTTARELLI.                         ¡Quia! Ni esperanza:  
el fin del plazo se avanza,  
y estoy cierto que maldita  
la memoria que ninguno  
guarda de ello.

D. JUAN.                               Basta ya.  
Toma.

BUTTARELLI.                         ¡Excelencia! (*Saluda profundamente.*)  
   ¿Y de alguno  
de ellos sabéis vos?

D. JUAN.                               Quizá.

BUTTARELLI.           ¿Vendrán, pues?

D. JUAN.                               Al menos uno;  
mas por si acaso los dos  
dirigen aquí sus huellas

el uno del otro en pos,  
tus dos mejores botellas  
prevénles.

BUTTARELLI. Mas...

D. JUAN. ¡Chito!... Adiós.

*Escena III*

*BUTTARELLI*

BUTTARELLI. ¡Santa Madonna! De vuelta  
Mejía y Tenorio están  
sin duda... y recogerán  
los dos la palabra suelta.  
¡Oh!, sí; ese hombre tiene traza  
de saberlo a fondo, (*Ruido dentro.*) ¡Pero  
qué es esto? (*Se asoma a la puerta.*)

¡Anda! ¡El forastero  
está riñendo en la plaza!  
¡Válgame Dios! ¡Qué bullicio!  
¡Cómo se le arremolina  
chusma... ¡Y cómo la acoquina  
él solo... ¡Puf! ¡Qué estropicio!  
¡Cuál corren delante de él!  
No hay duda, están en Castilla  
los dos, y anda ya Sevilla  
toda revuelta, ¡Miguel!

*Escena IV*

*BUTTARELLI y MIGUEL*

MIGUEL. Che comanda?

BUTTARELLI. Presto, qui  
servi una tavola, amico:  
e del Lacryma piú antico  
porta due bottiglie.

MIGUEL. Si,  
signor padron.

BUTTARELLI. Micheletto,  
apparecchia in carità  
lo piú ricco che si fa:  
affrettati!

MIGUEL. Già mi affretto,  
signor padrone. *(Vase.)*

*Escena V*

*BUTTARELLI y DON GONZALO*

D. GONZALO. Aquí es.  
¿Patrón?

BUTTARELLI. ¿Qué se ofrece?

D. GONZALO. Quiero  
hablar con el hostelero.

BUTTARELLI. Con él habláis; decid, pues.

D. GONZALO. ¿Sois vos?



- BUTTARELLI. Sí; mas despachad,  
que estoy de priesa.
- D. GONZALO. En tal caso,  
ved si es cabal y de paso  
esa dobla, y contestad.
- BUTTARELLI. ¡Oh, excelencia!
- D. GONZALO. ¿Conocéís  
a don Juan Tenorio?
- BUTTARELLI. Sí.
- D. GONZALO. ¿Y es cierto que tiene aquí  
hoy una cita?
- BUTTARELLI. ¡Oh! ¿Seréis  
vos el otro?
- D. GONZALO. ¿Quién?
- BUTTARELLI. Don Luis.
- D. GONZALO. No; pero estar me interesa  
en su entrevista.
- BUTTARELLI. Esta mesa  
les preparo; si os servís  
en esotra colocaros,  
podréis presenciar la cena  
que les daré... ¡Oh! Será escena  
que espero que ha de admiraros.
- D. GONZALO. Lo creo.
- BUTTARELLI. Son, sin disputa,  
los dos mozos más gentiles  
de España.
- D. GONZALO. Sí, y los más viles  
también.

José Zorrilla

---

BUTTARELLI.                            ¡Bah! Se les imputa  
cuanto malo se hace hoy día;  
mas la malicia lo inventa,  
pues nadie paga su cuenta  
como Tenorio y Mejía.

D. GONZALO.           ¡Ya!

BUTTARELLI.           Es afán de murmurar,  
porque conmigo, señor,  
ninguno lo hace mejor,  
y bien lo puedo jurar.

D. GONZALO.           No es necesario: mas...

BUTTARELLI.   ¿Qué?

D. GONZALO.           Quisiera yo ocultamente  
verlos, y sin que la gente  
me reconociera.

BUTTARELLI.                            A fe  
que eso es muy fácil, señor.  
Las fiestas de carnaval,  
al hombre más principal  
permiten, sin deshonor  
de su linaje, servirse  
de un antifaz, y bajo él,  
¿quién sabe, hasta descubrirse,  
de qué carne es el pastel?

D. GONZALO.           Mejor fuera en aposento  
contiguo...

BUTTARELLI.                            Ninguno cae  
aquí.

D. GONZALO.           Pues entonces, trae  
el antifaz.

BUTTARELLI. Al momento.

*Escena VI*

*DON GONZALO*

D. GONZALO. No cabe en mi corazón  
que tal hombre pueda haber,  
y no quiero cometer  
con él una sinrazón.  
Yo mismo indagar prefiero  
la verdad..., mas, a ser cierta  
la apuesta, primero muerta  
que esposa suya la quiero.  
No hay en la tierra interés  
que, si la daña, me cuadre;  
primero seré buen padre,  
buen caballero después.  
Enlace es de gran ventaja,  
mas no quiero que Tenorio  
del velo del desposorio  
la recorte una mortaja.

*Escena VII*

*DON GONZALO y BUTTARELLI, que trae un antifaz*

BUTTARELLI. Ya está aquí.

D. GONZALO. Gracias, patrón:  
¿Tardarán mucho en llegar?

BUTTARELLI. Si vienen no han de tardar:  
cerca de las ocho son.

D. GONZALO. ¿Ésa es hora señalada?

José Zorrilla

---

BUTTARELLI. Cierra el plazo, y es asunto  
de perder, quien no esté a punto  
de la primer campanada.

D. GONZALO. Quiera Dios que sea una chanza,  
y no lo que se murmura.

BUTTARELLI. No tengo aún por muy segura  
de que cumplan, la esperanza;  
pero si tanto os importa  
lo que ello sea saber,  
pues la hora está al caer,  
la dilación es ya corta.

D. GONZALO. Cúbrome, pues, y me siento.

*(Se sienta en una mesa a la derecha y se pone el antifaz.)*

BUTTARELLI. (Curioso el viejo me tiene  
del misterio con que viene...  
Y no me quedo contento  
hasta saber quién es él.)

*(Limpia y trajina, mirándole de reojo.)*

D. GONZALO. (¡Que un hombre como yo tenga  
que esperar aquí, y se avenga  
con semejante papel!  
En fin, me importa el sosiego  
de mi casa, y la ventura  
de una hija sencilla y pura,  
y no es para echarlo a juego.)

*Escena VIII*

*DON GONZALO, BUTTARELLI y DON DIEGO, a la puerta del fondo*

D. DIEGO.           La seña está terminante,  
aquí es: bien me han informado;  
llego, pues.

BUTTARELLI.                   ¿Otro embozado?

D. DIEGO.           ¿Ha de esta casa?

BUTTARELLI.                   Adelante.

D. DIEGO.           ¿La hostería del Laurel?

BUTTARELLI.           En ella estáis, caballero.

D. DIEGO.           ¿Está en casa el hostelero?

BUTTARELLI.           Estáis hablando con él.

D. DIEGO.           ¿Sois vos Buttarelli?

BUTTARELLI.                   Yo.

D. DIEGO.           ¿Es verdad que hoy tiene aquí  
Tenorio una cita?

BUTTARELLI.                   Sí.

D. DIEGO.           ¿Y ha acudido a ella?

BUTTARELLI.                   No.

D. DIEGO.           Pero ¿acudirá?

BUTTARELLI.                   No sé.

D. DIEGO.           ¿Le esperáis vos?

BUTTARELLI. Por si acaso  
venir le place.

D. DIEGO. En tal caso,  
yo también le esperaré.

*(Se sienta en el lado opuesto a DON GONZALO.)*

BUTTARELLI. ¿Que os sirva vianda alguna  
queréis mientras?

D. DIEGO. No: tomad.  
*(Dale dinero.)*

BUTTARELLI. Excelencia!

D. DIEGO. Y excusad  
conversación importuna.

BUTTARELLI. Perdonad.

D. DIEGO. Vais perdonado:  
dejadme, pues.

BUTTARELLI. (¡Jesucristo!  
En toda mi vida he visto  
hombre más mal humorado.)

D. DIEGO. (¡Que un hombre de mi linaje  
descienda a tan ruin mansión!  
Pero no hay humillación  
a que un padre no se baje  
por un hijo. Quiero ver  
por mis ojos la verdad  
y el monstruo de liviandad  
a quien pude dar el ser.)

*(BUTTARELLI, que anda arreglando sus trastos, contempla desde el fondo a DON GONZALO y a DON DIEGO, que permanecerán embozados y en silencio.)*

BUTTARELLI. ¡Vaya un par de hombres de piedra!  
Para éstos sobra mi abasto:  
mas, ¡pardiez!, pagan el gasto  
que no hacen, y así se medra.

*Escena IX*

*BUTTARELLI, DON GONZALO, DON DIEGO, EL CAPITÁN  
CENTELLAS, DOS CABALLEROS y AVELLANEDA*

AVELLANEDA. Vinieron, y os aseguro  
que se efectuará la apuesta.

CENTELLAS. Entremos, pues. ¡Buttarelli!

BUTTARELLI. Señor capitán Centellas,  
¿vos por aquí?

CENTELLAS. Sí, Cristófano.  
¿Cuándo aquí, sin mi presencia,  
tuvieron lugar las orgias  
que han hecho raya en la época?

BUTTARELLI. Como ha tanto tiempo ya  
que no os he visto...

CENTELLAS. Las guerras  
del emperador, a Túnez  
me llevaron; mas mi hacienda  
me vuelve a traer a Sevilla;  
y, según lo que me cuentan,  
llego lo más a propósito  
para renovar añejas  
amistades. Conque apróntanos  
luego unas cuantas botellas,  
y en tanto que humedecemos  
la garganta, verdadera

relación haznos de un lance  
sobre el cual hay controversia.

BUTTARELLI. Todo se andará; mas antes  
dejadme ir a la bodega.

VARIOS. Sí, sí.

*Escena X*

*DICHOS, menos BUTTARELLI*

CENTELLAS. Sentarse, señores,  
y que siga Avellaneda  
con la historia de don Luis.

AVELLANEDA. No hay ya más que decir de ella,  
sino que creo imposible  
que la de Tenorio sea  
más endiablada, y que apuesto  
por don Luis.

CENTELLAS. Acaso pierdas.  
Don Juan Tenorio se sabe  
que es la más mala cabeza  
del orbe, y no hubo hombre alguno  
que aventajarle pudiera  
con sólo su inclinación;  
¿conque qué hará si se empeña?

AVELLANEDA. Pues yo sé bien que Mejía  
las ha hecho tales, que a ciegas  
se puede apostar por él.

CENTELLAS. Pues el capitán Centellas  
pone por don Juan Tenorio  
cuanto tiene.



AVELLANEDA.                   Pues se acepta  
por don Luis, que es muy mi amigo.

CENTELLAS.           Pues todo en contra se arriesga;  
porque no hay como Tenorio  
otro hombre sobre la tierra,  
y es proverbial su fortuna  
y extremadas sus empresas.

*Escena XI*

*DICHOS y BUTTARELLI, con botellas*

BUTTARELLI.       Aquí hay Falerno, Borgoña,  
Sorrento.

CENTELLAS.                   De lo que quieras  
sirve, Cristóforo, y dinos:  
¿qué hay de cierto en una apuesta  
por don Juan Tenorio ha un año  
y don Luis Mejía hecha?

BUTTARELLI. Señor capitán, no sé  
tan a fondo la materia  
que os pueda sacar de dudas,  
pero diré lo que sepa.

VARIOS.                   Habla, habla.

BUTTARELLI.                   Yo, la verdad,  
aunque fue en mi casa misma  
la cuestión entre ambos, como  
pusieron tan larga fecha  
a su plazo, creí siempre  
que nunca a efecto viniera;  
así es, que ni aun me acordaba  
de tal cosa a la hora de ésta.

Mas esta tarde, sería  
el anochecer apenas,  
entróse aquí un caballero  
pidiéndome que le diera  
recado con que escribir  
una carta: y a sus letras  
atento no más, me dio  
tiempo a que charla metiera  
con un paje que traía,  
paisano mío, de Génova.  
No saqué nada del paje,  
que es, ¡por Dios!, muy brava pesca;  
mas cuando su amo acababa  
su carta, le envió con ella  
a quien iba dirigida.  
El caballero, en mi lengua  
me habló, y me pidió noticias  
de don Luis. Dijo que entera  
sabía de ambos la historia,  
y que tenía certeza  
de que al menos uno de ellos  
acudiría a la apuesta.  
Yo quise saber más de él,  
mas púsome dos monedas  
de oro en la mano, diciéndome  
así, como a la deshecha:  
«Y por si acaso los dos  
al tiempo aplazado llegan,  
ten prevenidas para ambos  
tus dos mejores botellas.»  
Largóse sin decir más,  
y yo, atento a sus monedas,  
les puse en el mismo sitio  
donde apostaron, la mesa.

Y vedla allí con dos sillas,  
dos copas y dos botellas.

AVELLANEDA. Pues, señor, no hay que dudar;  
era don Luis.

CENTELLAS. Don Juan era.

AVELLANEDA. ¿Tú no le viste la cara?

BUTTARELLI. ¡Si la traía cubierta  
con un antifaz!

CENTELLAS. Pero, hombre,  
¿tú a los dos no les recuerdas?  
¿O no sabes distinguir  
a las gentes por sus señas  
lo mismo que por sus caras?

BUTTARELLI. Pues confieso mi torpeza;  
no le supe conocer,  
y lo procuré de veras.  
Pero silencio.

AVELLANEDA. ¿Qué pasa?

BUTTARELLI. A dar el reló comienza  
los cuartos para las ocho. (*Dan.*)

CENTELLAS. Ved, ved la gente que se entra.

AVELLANEDA. Como que está de este lance  
curiosa Sevilla entera.

*(Se oyen dar las ocho; varias personas entran y se reparten en silencio por la escena; al dar la última campanada, DON JUAN, con antifaz, se llega a la mesa que ha preparado BUTTARELLI en el centro del escenario, y se dispone a ocupar una de las dos sillas que están delante de ella. Inmediatamente después de él,*

José Zorrilla

---

*entra DON LUIS, también con antifaz, y se dirige a la otra. Todos los miran)*

*Escena XII*

*DON DIEGO, DON GONZALO, DON JUAN, DON LUIS,  
BUTTARELLI, CENTELLAS, AVELLANEDA, CABALLEROS,  
CURIOSOS y ENMASCARADOS*

AVELLANEDA. *(A CENTELLAS, por DON JUAN.)*  
Verás aquél, si ellos vienen,  
qué buen chasco que se lleva.

CENTELLAS. *(A AVELLANEDA, por DON LUIS.)*  
Pues allí va otro a ocupar  
la otra silla: ¡uf!, ¡aquí es ella!

D. JUAN. *(A DON LUIS.)*  
Esa silla está comprada,  
hidalgo.

D. LUIS. *(A DON JUAN.)*

Lo mismo digo,  
hidalgo; para un amigo  
tengo yo esotra pagada.

D. JUAN. Que ésta es mía haré notorio.

D. LUIS. Y yo también que ésta es mía.

D. JUAN. Luego, sois don Luis Mejía.

D. LUIS. Seréis, pues, don Juan Tenorio.

D. JUAN. Puede ser.

D. LUIS. Vos lo decís.

D. JUAN.           ¿No os fiáis?

D. LUIS.                               No.

D. JUAN.                               Yo tampoco.

D. LUIS.           Pues no hagamos más el coco.

D. JUAN.           Yo soy don Juan.

*(Quitándose la máscara.)*

D. LUIS.                               Yo don Luis.   *(Íd.)*

*(Se descubren y se sientan. EL CAPITÁN CENTELLAS, AVELLANEDA, BUTTARELLI y algunos otros se van a ellos y les saludan, abrazan y dan la mano, y hacen otras semejantes muestras de cariño y amistad. DON JUAN Y DON LUIS las aceptan cortésmente.)*

CENTELLAS.    ¡Don Juan!

AVELLANEDA.                       ¡Don Luis!

D. JUAN.                               ¡Caballeros!

D. LUIS.           ¡Oh, amigos! ¿Qué dicha es ésta?

AVELLANEDA.   Sabíamos vuestra apuesta,  
y hemos acudido a veros.

D. LUIS.           Don Juan y yo tal bondad  
en mucho os agradecemos.

D. JUAN.           El tiempo no malgastemos,  
don Luis. *(A los otros.)* Sillas arrimad.  
*(A los que están lejos.)*  
Caballeros, yo supongo  
que a ucedes también aquí  
les trae la apuesta, y por mí  
a antojo tal no me opongo.

D. LUIS. Ni yo; que aunque nada más  
fue el empeño entre los dos,  
no ha de decirse ¡por Dios!  
que me avergonzó jamás.

D. JUAN. Ni a mí, que el orbe es testigo  
de que hipócrita no soy,  
pues por doquiera que voy  
va el escándalo conmigo.

D. LUIS. ¡Eh! Y esos dos ¿no se llegan  
a escuchar? Vos.  
(*Por DON DIEGO y DON GONZALO.*)

D. DIEGO. Yo estoy bien.

D. LUIS. ¿Y Vos?

D. GONZALO. De aquí oigo también.

D. LUIS. Razón tendrán si se niegan.

(*Se sientan todos alrededor de la mesa en que están DON LUIS  
MEJÍA y DON JUAN TENORIO.*)

D. JUAN. ¿Estamos listos?

D. LUIS. Estamos

D. JUAN. Como quien somos cumplimos.

D. LUIS. Veamos, pues, lo que hicimos.

D. JUAN. Bebamos antes.

D. LUIS. Bebamos. (*Lo hacen.*)

D. JUAN. La apuesta fue...

D. LUIS. Porque un día  
dije que en España entera

no habría nadie que hiciera  
lo que hiciera Luis Mejía.

D. JUAN. Y siendo contradictorio  
al vuestro mi parecer,  
yo os dije: Nadie hade hacer  
lo que hará don Juan Tenorio.  
¿No es así?

D. LUIS. Sin duda alguna:  
y vinimos a apostar  
quién de ambos sabría obrar  
peor, con mejor fortuna,  
en el término de un año;  
juntándonos aquí hoy  
a probarlo

D. JUAN. Y aquí estoy.

D. LUIS. Y yo.

CENTELLAS. ¡Empeño bien extraño,  
por vida mía!

D. JUAN. Hablad, pues.

D. LUIS. No, vos debéis empezar.

D. JUAN. Como gustéis, igual es,  
que nunca me hago esperar.  
Pues, señor, yo desde aquí,  
buscando mayor espacio  
para mis hazañas, di  
sobre Italia, porque allí  
tiene el placer un palacio.  
De la guerra y del amor  
antigua y clásica tierra,  
y en ella el emperador,  
con ella y con Francia en guerra,

díjeme: «¿Dónde mejor?  
Donde hay soldados hay juego,  
hay pendencias y amoríos.»  
Di, pues, sobre Italia luego,  
buscando a sangre y a fuego  
amores y desaffos.  
En Roma, a mi apuesta fiel,  
fijé, entre hostil y amatorio,  
en mi puerta este cartel:  
«Aquí está don Juan Tenorio  
para quien quiera algo de él.»  
De aquellos días la historia  
a relataros renuncio:  
remítome a la memoria  
que dejé allí, y de mi gloria  
podéis juzgar por mi anuncio.  
Las romanas, caprichosas,  
las costumbres, licenciosas,  
yo, gallardo y calavera:  
¿quién a cuento redujera  
mis empresas amorosas?  
Salí de Roma, por fin,  
como os podéis figurar:  
con un disfraz harto ruin,  
y a lomos de un mal rocín,  
pues me querían ahorcar.  
Fui al ejército de España;  
mas todos paisanos míos,  
soldados y en tierra extraña,  
dejé pronto su compañía  
tras cinco o seis desafíos.  
Nápoles, rico vergel  
de amor, de placer emporio,  
vio en mi segundo cartel:  
«Aquí está don Juan Tenorio,



y no hay hombre para él .  
Desde la princesa altiva  
a la que pesca en ruin barca,  
no hay hembra a quien no suscriba;  
y a cualquier empresa abarca,  
si en oro o valor estriba.  
Búsquenle los reñidores;  
cérquenle los jugadores;  
quien se precie que le ataje,  
a ver si hay quien le aventaje  
en juego, en lid o en amores.»  
Esto escribí; y en medio año  
que mi presencia gozó  
Nápoles, no hay lance extraño,  
no hay escándalo ni engaño  
en que no me hallara yo.  
Por donde quiera que fui,  
la razón atropellé,  
la virtud escarnecí,  
a la justicia burlé,  
y a las mujeres vendí.  
Yo a las cabañas bajé,  
yo a los palacios subí,  
yo los claustros escalé,  
y en todas partes dejé  
memoria amarga de mí.  
Ni reconocí sagrado,  
ni hubo ocasión ni lugar  
por mi audacia respetado;  
ni en distinguir me he parado  
al clérigo del seglar.  
A quien quise provoqué,  
con quien quiso me batí,  
y nunca consideré  
que pudo matarme a mí

aquel a quien yo maté.  
A esto don Juan se arrojó,  
y escrito en este papel  
está cuanto consiguió:  
y lo que él aquí escribió,  
mantenido está por él.

D. LUIS. Leed, pues.

D. JUAN. No; oigamos antes  
vuestros bizarros extremos,  
y si traéis terminantes  
vuestras notas comprobantes,  
lo escrito cotejaremos.

D. LUIS. Decís bien; cosa es que está,  
don Juan, muy puesta en razón;  
aunque, a mi ver, poco irá  
de una a otra relación.

D. JUAN. Empezad, pues.

D. LUIS. Allá va.  
Buscando yo, como vos,  
a mi aliento empresas grandes,  
dije: « ¿Dó iré, ¡vive Dios!,  
de amor y lides en pos,  
que vaya mejor que a Flandes?  
Allí, puesto que empeñadas  
guerras hay, a mis deseos  
habrá al par centuplicadas  
ocasiones extremadas  
de riñas y galanteos.»  
Y en Flandes conmigo dí,  
mas con tan negra fortuna,  
que al mes de encontrarme allí  
todo mi caudal perdí,

dobla a dobla, una por una.  
En tan total carestía  
mirándome de dineros,  
de mí todo el mundo huía;  
mas yo busqué compañía  
y me uní a unos bandoleros.  
Lo hicimos bien, ¡voto a tal!,  
y fuimos tan adelante,  
con suerte tan colosal,  
que entramos a saco en Gante  
el palacio episcopal.  
¡Qué noche! Por el decoro  
de la Pascua, el buen Obispo  
bajó a presidir el coro,  
y aún de alegría me crispo  
al recordar su tesoro.  
Todo cayó en poder nuestro:  
mas mi capitán, avaro,  
puso mi parte en secuestro:  
reñimos, fui yo más diestro,  
y le crucé sin reparo.  
Juróme al punto la gente  
capitán, por más valiente:  
juréles yo amistad franca:  
pero a la noche siguiente  
huí, y les dejé sin blanca.  
Yo me acordé del refrán  
de que quien roba al ladrón  
ha cien años de perdón,  
y me arrojé a tal desmán  
mirando a mi salvación.  
Pasé a Alemania opulento:  
mas un provincial jerónimo,  
hombre de mucho talento,  
me conoció, y al momento

me delató en un anónimo,  
Compré a fuerza de dinero  
la libertad y el papel;  
y topando en un sendero  
al fraile, le envié certero  
una bala envuelta en él.  
Salté a Francia. ¡Buen país!,  
y como en Nápoles vos,  
puse un cartel en París  
diciendo: «Aquí hay un don Luis  
que vale lo menos dos.  
Parará aquí algunos meses,  
Y no trae más intereses  
ni se aviene a más empresas,  
que a adorar a las francesas  
y a reñir con los franceses.»  
Esto escribí; y en medio año  
que mí presencia gozó  
París, no hubo lance extraño,  
ni hubo escándalo ni daño  
donde no me hallara yo.  
Mas, como don Juan, mi historia  
también a alargar renuncio;  
que basta para mi gloria  
la magnífica memoria  
que allí dejé con mi anuncio.  
Y cual vos, por donde fui  
la razón atropellé,  
la virtud escarnecí,  
a la justicia burlé,  
y a las mujeres vendí.  
Mi hacienda llevo perdida  
tres veces: mas se me antoja  
reponerla, y me convida  
mi boda comprometida

con doña Ana de Pantoja.  
Mujer muy rica me dan,  
y mañana hay que cumplir  
los tratos que hechos están;  
lo que os advierto, don Juan,  
por si queréis asistir.  
A esto don Luis se arrojó,  
y escrito en este papel  
está lo que consiguió:  
y lo que él aquí escribió,  
mantenido está por él.

D. JUAN. La historia es tan semejante  
que está en el fiel la balanza,  
mas vamos a lo importante,  
que es el guarismo a que alcanza  
el papel: conquese adelante.

D. LUIS. Razón tenéis, en verdad.  
Aquí está el mío: mirad,  
por una línea apartados  
traigo los nombres sentados,  
para mayor claridad.

D. JUAN. Del mismo modo arregladas  
mis cuentas traigo en el mío:  
en dos líneas separadas,  
los muertos en desafío,  
y las mujeres burladas.  
Contad.

D. LUIS. Contad.

D. JUAN. Veinte y tres.

D. LUIS. Son los muertos. A ver vos.  
¡Por la cruz de San Andrés!  
Aquí sumo treinta y dos.

- D. JUAN.                Son los muertos.
- D. LUIS.                                Matar es.
- D. JUAN.                Nueve os llevo.
- D. LUIS.                                Me vencéis.  
Pasemos a las conquistas.
- D. JUAN.                Sumo aquí cincuenta y seis.
- D. LUIS.                Y yo sumo en vuestras listas  
setenta y dos.
- D. JUAN.                                Pues perdéis.
- D. LUIS.                ¡Es increíble, don Juan!
- D. JUAN.                Si lo dudáis, apuntados  
los testigos ahí están,  
que si fueren preguntados  
os lo testificarán.
- D. LUIS.                ¡Oh! Y vuestra lista es cabal.
- D. JUAN.                Desde una princesa real  
a la hija de un pescador,  
¡oh!, ha recorrido mi amor  
toda la escala social.  
¿Tenéis algo que tachar?
- D. LUIS.                Sólo una os falta en justicia.
- D. JUAN.                ¿Me la podéis señalar?
- D. LUIS.                Sí, por cierto: una novicia  
que esté para profesar.
- D. JUAN.                ¡Bah! Pues yo os complaceré  
doblemente, porque os digo  
que a la novicia uniré

- la dama de algún amigo  
que para casarse esté.
- D. LUIS. ¡Pardiez, que sois atrevido!
- D. JUAN. Yo os lo apuesto si queréis.
- D. LUIS. Digo que acepto el partido.  
Para darlo por perdido,  
¿queréis veinte días?
- D. JUAN. Seis.
- D. LUIS. ¡Por Dios, que sois hombre extraño!  
¿cuántos días empleáis  
en cada mujer que amáis?
- D. JUAN. Partid los días del año  
entre las que ahí encontráis.  
Uno para enamorarlas,  
otro para conseguirlas,  
otro para abandonarlas,  
dos para sustituirlas  
y una hora para olvidarlas.  
Pero, la verdad a hablaros,  
pedir más no se me antoja,  
porque, pues vais a casaros,  
mañana pienso quitaros  
a doña Ana de Pantoja.
- D. LUIS. Don Juan, ¿qué es lo que decís?
- D. JUAN. Don Luis, lo que oído habéis.
- D. LUIS. Ved, don Juan, lo que emprendéis.
- D. JUAN. Lo que he de lograr, don Luis.
- D. LUIS. ¿Gastón? *(Llamando.)*
- GASTÓN. ¿Señor?

D. LUIS. Ven acá.

*(Habla DON LUIS en secreto con GASTÓN y éste se va precipitadamente.)*

D. JUAN. ¿Ciutti?

CIUTTI. ¿Señor?

D. JUAN. Ven aquí.

*(DON JUAN habla en secreto con CIUTTI, y éste se va precipitadamente.)*

D. LUIS. ¿Estáis en lo dicho?

D. JUAN. Sí.

D. LUIS. Pues va la vida.

D. JUAN. Pues va.

*(DON GONZALO, levantándose de la mesa en que ha permanecido inmóvil durante la escena anterior, se afronta con DON JUAN y DON LUIS.)*

D. GONZALO. ¡Insensatos! ¡Vive Dios  
que a no temblarme las manos  
a palos, como a villanos,  
os diera muerte a los dos!

D. JUAN. Veamos.

D. LUIS.

D. GONZALO. Excusado es,  
que he vivido lo bastante  
para no estar arrogante  
donde no puedo.

D. JUAN. Idos, pues,



D. GONZALO. Antes, don Juan, de salir  
de donde oírme podáis,  
es necesario que oigáis  
lo que os tengo que decir.  
Vuestro buen padre don Diego,  
porque pleitos acomoda,  
os apalabró una boda  
que iba a celebrarse luego;  
pero por mí mismo yo,  
lo que erais queriendo ver,  
vine aquí al anochecer,  
y el veros me avergonzó.

D. JUAN. ¡Por Satanás, viejo insano,  
que no sé cómo he tenido  
calma para haberte oído  
sin asentarte la mano!  
Pero di pronto quién eres,  
porque me siento capaz  
de arrancarte el antifaz  
con el alma que tuvieres.

D. GONZALO. ¡Don Juan!

D. JUAN. ¡Pronto!

D. GONZALO. Mira, pues.

D. JUAN. ¡Don Gonzalo!

D. GONZALO. El mismo soy.  
Y adiós, don Juan: mas desde hoy  
no penséis en doña Inés.  
Porque antes que consentir  
en que se case con vos,  
el sepulcro, ¡juro a Dios!,  
por mi mano la he de abrir.

D. JUAN. Me hacéis reír, don Gonzalo;  
pues venirme a provocar,  
es como ir a amenazar  
a un león con un mal palo.  
Y pues hay tiempo, advertir  
os quiero a mi vez a vos,  
que o me la dais, o ¡por Dios,  
que a quitáosla he de ir!

D. GONZALO. ¡Miserable!

D. JUAN. Dicho está:  
sólo una mujer como ésta  
me falta para mi apuesta;  
ved, pues, que apostada va.

*(DON DIEGO levantándose de la mesa en que ha permanecido  
encubierto mientras la escena anterior, baja al centro de la  
escena, encarándose con DON JUAN.)*

D. DIEGO. No puedo más escucharte,  
vil don Juan, porque recelo  
que hay algún rayo en el cielo  
preparado a aniquilarte.  
¡Ah...! No pudiendo creer  
lo que de ti me decían,  
confiando en que mentían,  
te vine esta noche a ver.  
Pero te juro, malvado,  
que me pesa haber venido  
para salir convencido  
de lo que es para ignorado.  
Sigue, pues, con ciego afán  
en tu torpe frenesí,  
mas nunca vuelvas a mí;  
no te conozco, don Juan.

- D. JUAN.           ¿Quién nunca a ti se volvió,  
ni quién osa hablarme así,  
ni qué se me importa a mí  
que me conozcas o no?
- D. DIEGO.         Adiós, pues: mas no te olvides  
de que hay un Dios justiciero.
- D. JUAN.           Ten.                                 (*Deteniéndole.*)
- D. DIEGO.                 ¿Qué quieres?
- D. JUAN.                                 Verte quiero.
- D. DIEGO.         Nunca, en vano me lo pides.
- D. JUAN.           ¿Nunca?
- D. DIEGO.                                 No.
- D. JUAN.                                 Cuando me cuadre.
- D. DIEGO.           ¿Cómo?
- D. JUAN.                                 Así. (*Le arranca el antifaz.*)
- TODOS.                                 ¡Don Juan!
- D. DIEGO.                                 ¡Villano!  
¡Me has puesto en la faz la mano!
- D. JUAN.           ¡Válgame Cristo, mi padre!
- D. DIEGO.         Mientes, no lo fui jamás.
- D. JUAN.           ¡Reportaos, con Belcebú!
- D. DIEGO.         No, los hijos como tú  
son hijos de Satanás.  
Comendador, nulo sea  
lo hablado.
- D. GONZALO.         Ya lo es por mí;  
vamos.

D. DIEGO.            Sí, vamos de aquí  
                          donde tal monstruo no vea.  
                          Don Juan, en brazos del vicio  
                          desolado te abandono:  
                          me matas..., mas te perdono  
                          de Dios en el santo juicio.

                          (*Vanse poco a poco DON DIEGO y DON  
GONZALO.*)

D. JUAN.             Largo el plazo me ponéis:  
                          mas ved que os quiero advertir  
                          que yo no os he ido a pedir  
                          jamás que me perdonéis.  
                          Conque no paséis afán  
                          de aquí en adelante por mí,  
                          que como vivió hasta aquí,  
                          vivirá siempre don Juan.

*Escena XIII*

*DON JUAN, DON LUIS, CENTELLAS, AVELLANEDA,  
BUTTARELLI, CURIOSOS y MÁSCARAS*

D. JUAN.             ¡Eh! Ya salimos del paso:  
                          y no hay que extrañar la homilia;  
                          son pláticas de familia,  
                          de las que nunca hice caso.  
                          Conque lo dicho, don Luis,  
                          van doña Ana y doña Inés 805  
                          en apuesta.

D. LUIS.             Y el precio es  
                          la vida.

D. JUAN.             Vos lo decís:  
                          vamos.

D. LUIS.    Vamos.

*(Al salir se presenta una ronda, que les detiene.)*

*Escena XIV*

*DICHOS y UNA RONDA DE ALGUACILES*

ALGUACIL.    ¡Alto allá!

¿Don Juan Tenorio?

D. JUAN.    Yo soy.

ALGUACIL.    Sed preso.

D. JUAN.    ¿Soñando estoy?

¿Por qué?

ALGUACIL.    Después lo verá.

D. LUIS    *(Acercándose a DON JUAN y riéndose.)*  
Tenorio no lo extrañéis,  
pues mirando a lo apostado,  
mi paje os ha delatado,  
para que vos no ganéis.

D. JUAN.    ¡Hola! Pues no os suponía  
con tal despejo, ¡pardiez!

D. LUIS.    Id, pues, que por esta vez,  
don Juan, la partida es mía.

D. JUAN.    Vamos, pues.

*(Al salir, les detiene otra ronda que entra en la escena.)*

*Escena XV*

*DICHOS y UNA RONDA*

ALGUACIL. (*Que entra.*)

¡Ténganse allá!

¿Don Luis Mejía?

D. LUIS. Yo soy.

ALGUACIL. Sed preso.

D. LUIS. ¿Soñando estoy?

¡Yo preso!

D. JUAN. (*Soltando la carcajada.*)

¡Ja, ja, ja, ja!

Mejía, no lo extrañéis,  
pues mirando a lo apostado,  
mi paje os ha delatado  
para que no me estorbéis.

D. LUIS. Satisfecho quedaré  
aunque ambos muramos.

D. JUAN. Vamos.

Conque, señores, quedamos  
en que la apuesta está en pie.

*(Las rondas se llevan a DON JUAN y a DON LUIS; muchos los siguen. EL CAPITÁN CENTELLAS, AVELLANEDA y sus amigos, quedan en la escena mirándose unos a otros.)*

*Escena XVI*

*EL CAPITÁN CENTELLAS, AVELLANEDA y CURIOSOS*

AVELLANEDA. ¡Parece un juego ilusorio!

CENTELLAS. ¡Sin verlo no lo creería!

AVELLANEDA. Pues yo apuesto por Mejía.

CENTELLAS. Y yo pongo por Tenorio.

## *Acto segundo*

### D e s t r e z a

DON JUAN TENORIO, DON LUIS MEJÍA, DOÑA ANA DE PANTOJA, CIUTTI, PASCUAL, LUCÍA, BRÍGIDA y TRES EMBOZADOS DEL SERVICIO DE DON JUAN.

*Exterior de la casa de DOÑA ANA, vista por una esquina. Las dos paredes que forman el ángulo, se prolongan igualmente por ambos lados, dejando ver en la de la derecha una reja, y en la izquierda, una reja y una puerta*

### *Escena I*

*DON LUIS MEJÍA, embozado*

DON LUIS. Ya estoy frente de la casa de doña Ana, y es preciso que esta noche tenga aviso de lo que en Sevilla pasa. No di con persona alguna, por dicha mía... ¡Oh, qué afán! Pero ahora, señor don Juan, cada cual con su fortuna. Si honor y vida se juega, mi destreza y mi valor, por mi vida y por mi honor, jugarán...; mas alguien llega.



*Escena II*

*DON LUIS y PASCUAL*

- PASCUAL.            ¡Quién creyera lance tal!  
                          ¡Jesús, qué escándalo! ¡Presos!
- D. LUIS.             ¡Qué veo! ¿Es Pascual?
- PASCUAL.                                Los sesos  
                          me estrellaría.
- D. LUIS.                                ¿Pascual?
- PASCUAL.            ¿Quién me llama tan apriesa?
- D. LUIS.             Yo. Don Luis.
- PASCUAL.                                ¡Válame Dios!
- D. LUIS.             ¿Qué te asombra?
- PASCUAL.                                Que seáis vos.
- D. LUIS.             Mi suerte, Pascual, es ésa.  
                          Que a no ser yo quien me soy,  
                          y a no dar contigo ahora,  
                          el honor de mi señora  
                          doña Ana moría hoy.
- PASCUAL.            ¿Qué es lo que decís?
- D. LUIS.                                ¿Conoces  
                          a don Juan Tenorio?
- PASCUAL.                                Sí.  
                          ¿Quién no le conoce aquí?  
                          Mas, según públicas voces,  
                          estabais presos los dos.  
                          Vamos, ¡lo que el vulgo miente!

D. LUIS.                    Ahora acertadamente  
habló el vulgo: y ¡juro a Dios  
que, a no ser porque mi primo,  
el tesorero real,  
quiso fiarme, Pascual,  
pierdo cuanto más estimo!

PASCUAL.                ¿Pues cómo?

D. LUIS.                    ¿En servirme estás?

PASCUAL.                Hasta morir.

D. LUIS.                    Pues escucha.  
Don Juan y yo en una lucha  
arriesgada por demás  
empeñados nos hallamos;  
pero, a querer tú ayudarme,  
más que la vida salvarme  
puedes.

PASCUAL.                ¿Qué hay que hacer? Sepamos.

D. LUIS.                    En una insigne locura  
dimos tiempo ha: en apostar  
cuál de ambos sabría obrar  
peor, con mejor ventura.  
Ambos nos hemos portado  
bizarramente a cual más;  
pero él es un Satanás,  
y por fin me ha aventajado.  
Púsele no sé qué pero,  
dijímonos no sé qué  
sobre ello, y el hecho fue  
que él, mofándose altanero,  
me dijo: «Y si esto no os llena,  
pues que os casáis con doña Ana,

os apuesto a que mañana  
os la quito yo.»

PASCUAL.                                ¡Ésa es buena!  
¿Tal se ha atrevido a decir?

D. LUIS.                                No es lo malo que lo diga,  
Pascual, sino que consiga  
lo que intenta.

PASCUAL.                                ¿Conseguir?  
En tanto que yo esté aquí,  
descuidad, don Luis.

D. LUIS.                                Te juro  
que si el lance no aseguro,  
no sé qué va a ser de mí.

PASCUAL.                                ¡Por la Virgen del Pilar!  
¿Le teméis?

D. LUIS.                                No, ¡Dios testigo!  
Mas lleva ese hombre consigo  
algún diablo familiar.

PASCUAL.                                Dadlo por asegurado.

D. LUIS.                                ¡Oh! Tal es el afán mío,  
que ni en mí propio me fío  
con un hombre tan osado.

PASCUAL.                                Yo os juro, por San Ginés,  
que con toda su osadía,  
le ha de hacer, por vida mía,  
mal tercio un aragonés;  
nos veremos.

D. LUIS.                                ¡Ay, Pascual,  
que en qué te metes no sabes!

- PASCUAL. En apreturas más graves  
me he visto, y no salí mal.
- D. LUIS. Estriba en lo perentorio  
del plazo, y en ser quién es.
- PASCUAL. Más que un buen aragonés.  
no ha de valer un Tenorio.  
Todos esos lenguaraces,  
espadachines de oficio,  
no son más que frontispicio  
y de poca alma capaces.  
Para infamar a mujeres  
tienen lengua, y tienen manos  
para osar a los ancianos  
o apalear a mercaderes.  
Mas cuando una buena espada,  
por un buen brazo esgrimida,  
con la muerte les convida,  
todo su valor es nada.  
Y sus empresas y bullas  
se reducen todas ellas,  
a hablar mal de las doncellas  
y a huir ante las patrullas.
- D. LUIS. ¡Pascual!
- PASCUAL. No lo hablo por vos,  
que aunque sois un calavera,  
tenéis la alma bien entera  
y reñís bien ¡voto a bríos!
- D. LUIS. Pues si es en mí tan notorio  
el valor, mira Pascual,  
que el valor es proverbial  
en la raza de Tenorio.  
Y porque conozco bien

de su valor el extremo,  
de sus ardidés me temo  
que en tierra con mi honra den.

PASCUAL.           Pues suelto estáis ya, don Luis,  
y pues que tanto os acucia  
el mal de celos, su astucia  
con la astucia prevenís.  
¿Qué teméis de él?

D. LUIS.                       No lo sé:  
mas esta noche sospecho  
que ha de procurar el hecho  
consumar.

PASCUAL.                       Soñáis.

D. LUIS.                       ¿Por qué?

PASCUAL.                       ¿No está preso?

D. LUIS.                       Sí que está;  
mas también lo estaba yo,  
y un hidalgo me fió.

PASCUAL.                       Mas ¿quién a él le fiará?

D. LUIS.                       En fin, sólo un medio encuentro  
de satisfacerme.

PASCUAL.                       ¿Cuál?

D. LUIS.                       Que de esta casa, Pascual,  
quede yo esta noche dentro.

PASCUAL.                       Mirad que así de doña Ana  
tenéis el honor vendido.

D. LUIS.                       ¡Qué mil rayos! ¿Su marido  
no voy a ser yo mañana?

PASCUAL. Mas, señor, ¿no os digo yo  
que os fío con la existencia...?

D. LUIS. Sí; salir de una pendencia,  
mas de un ardid diestro, no.  
Y, en fin, o paso en la casa  
la noche, o tomo la calle,  
aunque la justicia me halle.

PASCUAL. Señor don Luis, eso pasa  
de terquedad, y es capricho  
que dejar os aconsejo,  
y os irá bien.

D. LUIS. No lo dejo,  
Pascual.

PASCUAL. ¡Don Luis!

D. LUIS. Está dicho.

PASCUAL. ¡Vive Dios! ¿Hay tal afán?

D. LUIS. Tú dirás lo que quisieres,  
mas yo fío en las mujeres  
mucho menos que en don Juan;  
y pues lance es extremado  
por dos locos emprendido,  
bien será un loco atrevido  
para un loco desalmado.

PASCUAL. Mirad bien lo que decís,  
porque yo sirvo a doña Ana  
desde que nació, y mañana  
seréis su esposo, don Luis.

D. LUIS. Pascual, esa hora llegada  
y ese derecho adquirido,  
yo sabré ser su marido

y la haré ser bien casada.  
Mas en tanto...

PASCUAL. No habléis más.  
Yo os conozco desde niños,  
y sé lo que son cariños,  
¡por vida de Barrabás!  
Oid: mi cuarto es sobrado  
para los dos: dentro de él  
quedad; mas palabra fiel  
dadme de estaros callado.

D. LUIS. Te la doy.  
  
Y hasta mañana  
juntos con doble cautela,  
nos quedaremos en vela.

D. LUIS. Y se salvará doña Ana.

PASCUAL. Sea.

D. LUIS. Pues vamos.

PASCUAL. ¡Teneos!  
¿Qué vais a hacer?

D. LUIS. A entrar.

PASCUAL. ¿Ya?

D. LUIS. ¿Quién sabe lo que él hará?

PASCUAL. Vuestros celosos deseos  
reprimid: que ser no puede  
mientras que no se recoja  
mi amo, don Gil de Pantoja,  
y todo en silencio quede.

D. LUIS. ¡Voto a...!

PASCUAL.                                     ¡Eh! Dad una vez  
breves treguas al amor.

D. LUIS.                                     Y ¿a qué hora ese buen señor  
suele acostarse?

PASCUAL.                                     A las diez;  
y en esa calleja estrecha  
hay una reja; llamad  
a las diez, y descuidad  
mientras en mí.

D. LUIS.                                     Es cosa hecha.

PASCUAL.                                     Don Luis, hasta luego pues.

D. LUIS.                                     Adiós, Pascual, hasta luego.

*Escena III*

*DON LUIS*

D. LUIS.                                     Jamás tal desasosiego  
tuve. Paréceme que es  
esta noche hora menguada  
para mí... y no sé qué vago  
presentimiento, qué estrago  
teme mi alma acongojada.  
¡Por Dios que nunca pensé  
que a doña Ana amara así  
ni por ninguna sentí  
lo que por ella...! ¡Oh! Y a fe  
que de don Juan me amedrenta,  
no el valor, mas la ventura.  
Parece que le asegura  
Satanás en cuanto intenta.  
No, no; es un hombre infernal,



y téngome para mí  
que si me aparto de aquí,  
me burla, pese a Pascual.  
Y aunque me tenga por necio,  
quiero entrar; que con don Juan  
las preocupaciones no están  
para vistas con desprecio.

(*Llama a la ventana.*)

*Escena IV*

*DON LUIS y DOÑA ANA*

D.<sup>a</sup> ANA.                   ¿Quién va?

D. LUIS.                             ¿No es Pascual?

D.<sup>a</sup> ANA.   ¡Don Luis!

D. LUIS.                   Doña Ana.

D.<sup>a</sup> ANA..                             ¿Por la ventana  
llamas ahora?

D. LUIS.                                     ¡Ay, doña Ana,  
cuán a buen tiempo salís!

D.<sup>a</sup> ANA.                   Pues ¿qué hay, Mejía?

D. LUIS.                                     Un empeño  
por tu beldad, con un hombre  
que temo.

D.<sup>a</sup> ANA.                             Y ¿qué hay que te asombre  
en él, cuando eres tú el dueño  
de mi corazón?

D. LUIS.                                     Doña Ana,  
no lo puedes comprender,

de ese hombre sin conocer  
nombre y suerte.

D.<sup>a</sup> ANA.                               Será vana  
su buena suerte conmigo.  
Ya ves, sólo horas nos faltan  
para la boda, y te asaltan  
vanos temores.

D. LUIS.                                 Testigo  
me es Dios que nada por mí  
me da pavor mientras tenga  
espada, y ese hombre venga  
cara a cara contra ti.  
Mas, como el león audaz,  
y cauteloso y prudente,  
como la astuta serpiente...

D.<sup>a</sup> ANA.                               ¡Bah! Duerme, don Luis, en paz,  
que su audacia y su prudencia  
nada lograrán de mí,  
que tengo cifrada en ti  
la gloria de mi existencia.

D. LUIS.                                Pues bien, Ana, de ese amor  
que me aseguras en nombre,  
para no temer a ese hombre  
voy a pedirte un favor.

D.<sup>a</sup> ANA.                               Di; mas bajo, por si escucha  
tal vez alguno.

D. LUIS.                                Oye, pues.

*Escena V*

*DOÑA ANA y DON LUIS, a la reja derecha; DON JUAN y CIUTTI, en la calle izquierda*

CIUTTI. Señor, ¡por mi vida, que es vuestra suerte buena y mucha!

D. JUAN. Ciutti, nadie como yo; ya viste cuán fácilmente el buen alcaide prudente se avino y suelta me dio. Mas no hay ya en ello que hablar: ¿mis encargos has cumplido?

CIUTTI. Todos los he concluido mejor que pude esperar.

D. JUAN. ¿La beata...?

CIUTTI. Ésta es la llave de la puerta del jardín, que habrá que escalar al fin, pues como usarced ya sabe, las tapias de ese convento no tienen entrada alguna.

D. JUAN. Y ¿te dio carta?

CIUTTI. Ninguna; me dijo que aquí al momento iba a salir de camino; que al convento se volvía, y que con vos hablaría.

D. JUAN. Mejor es.

CIUTTI. Lo mismo opino.

- D. JUAN.           ¿Y los caballos?
- CIUTTI.                       Con silla  
y freno los tengo ya.
- D. JUAN.           ¿Y la gente?
- CIUTTI.                       Cerca está.
- D. JUAN.           Bien, Ciutti; mientras Sevilla  
tranquila en sueño reposa  
creyéndome encarcelado,  
otros dos nombres añadido  
a mi lista numerosa.  
¡Ja!, ¡ja!
- CIUTTI.                       ¡Señor...!
- D. JUAN.                       ¿Qué?
- CIUTTI.                               ¡Callad!
- D. JUAN.           ¿Qué hay, Ciutti?
- CIUTTI.                       Al doblar la esquina,  
en esa reja vecina  
he visto a un hombre.
- D. JUAN.                       Es verdad:  
pues ahora sí que es mejor  
el lance: ¿y si es ése?
- CIUTTI.                               ¿Quién?
- D. JUAN.           Don Luis.
- CIUTTI.                               Imposible.
- D. JUAN.                       ¡Toma!  
¿No estoy yo aquí?
- CIUTTI.                               Diferencia  
va de él a vos.

- D. JUAN. Evidencia  
lo creo, Ciutti; allí asoma  
tras de la reja una dama.
- CIUTTI. Una criada tal vez.
- D. JUAN. Preciso es verlo, ¡pardiez!,  
no perdamos lance y fama.  
Mira, Ciutti: a fuer de ronda  
tú con varios de los míos  
por esa calle escurríos,  
dando vuelta a la redonda  
a la casa.
- CIUTTI. Y en tal caso  
cerrará ella.
- D. JUAN. Pues con eso,  
ella ignorante y él preso,  
nos dejarán franco el paso.
- CIUTTI. Decís bien.
- D. JUAN. Corre y atájale,  
que en ello el vencer consiste.
- CIUTTI. ¿Mas si el truhán se resiste?
- D. JUAN. Entonces, de un tajo, rájale.

*Escena VI*

*DON JUAN, DOÑA ANA y DON LUIS*

D. LUIS.                   ¿Me das, pues, tu asentimiento?

D.<sup>a</sup> ANA.                   Consiento.

D. LUIS.                   ¿Complácesme de ese modo?

D.<sup>a</sup> ANA.                   En todo.

D. LUIS.                   Pues te velaré hasta el día.

D.<sup>a</sup> ANA.                   Sí, Mejía.

D. LUIS.                   Páguete el cielo, Ana mía,  
satisfacción tan entera.

D.<sup>a</sup> ANA.                   Porque me juzgues sincera,  
consiento en todo, Mejía.

D. LUIS.                   Volveré, pues, otra vez.

D.<sup>a</sup> ANA.                   Sí, a las diez.

D. LUIS.                   ¿Me aguardarás, Ana?

D.<sup>a</sup> ANA.                   Sí.

D. LUIS.                   Aquí.

D.<sup>a</sup> ANA.                   Y tú estarás puntual, ¿eh?

D. LUIS.                   Estaré.

D.<sup>a</sup> ANA..                La llave, pues, te daré.

D. LUIS.                   Y dentro yo de tu casa,  
venga Tenorio.

D.<sup>a</sup> ANA..                Alguien pasa.

*A las diez.*

D. LUIS. *Aquí estaré.*

*Escena VII*

*DON JUAN y DON LUIS*

D. LUIS. Mas se acercan. ¿Quién va allá?

D. JUAN. Quien va.

D. LUIS. De quien va así, ¿qué se infiere?

D. JUAN. Que quiere.

D. LUIS. ¿Ver si la lengua le arranco?

D. JUAN. El paso franco.

D. LUIS. Guardado está.

D. JUAN. ¿Y soy yo manco?

D. LUIS. Pidiéraislo en cortesía.

D. JUAN. Y ¿a quién?

D. LUIS. A don Luis Mejía,

D. JUAN. Quien va, quiere el paso franco,

D. LUIS. ¿Conocéisme?

D. JUAN. Sí.

D. LUIS. ¿Y yo a vos?

D. JUAN. Los dos.

D. LUIS. Y ¿en qué estriba el estorballe?

D. JUAN. En la calle.

D. LUIS. ¿De ella los dos por ser amos?

D. JUAN. Estamos.

D. LUIS. Dos hay no más que podamos  
necesitarle a la vez.

D. JUAN. Lo sé.

D. LUIS. ¡Sois don Juan!

D. JUAN. ¡Pardiez!  
*los dos ya en la calle estamos.*

D. LUIS. ¿No os prendieron?

D. JUAN. Como a vos.

D. LUIS. ¡Vive Dios!  
Y ¿huisteis?

D. JUAN. Os imité.  
¿Y qué?

D. LUIS. Que perderéis.

D. JUAN. No sabemos.

D. LUIS. Lo veremos.

D. JUAN. La dama entrambos tenemos  
sitiada, y estáis cogido.

D. LUIS. Tiempo hay.

D. JUAN. Para vos perdido.

D. LUIS. *¡Vive Dios, que lo veremos!*

*(DON LUIS desenvaina su espada; mas CIUTTI, que ha bajado  
con los suyos cautelosamente hasta colocarse tras él, le sujeta.)*

D. JUAN. Señor don Luis, vedlo, pues.

D. LUIS. Traición es.

D. JUAN. La boca...



*(A los suyos, que se la tapan a DON LUIS.)*

D. LUIS.                                  ¡Oh!

D. JUAN.                                *(Le sujetan los brazos.)*

Sujeto atrás:

más.

La empresa es, señor Mejía,

como mía.

Encerrádmeme hasta el día.                      *(A los suyos.)*

La apuesta está ya en mi mano.

*(A DON LUIS.)*

Adiós, don Luis: si os la gano,  
traición es; mas como mía.

*Escena VIII*

*DON JUAN*

D. JUAN.                                Buen lance, ¡viven los cielos!  
Éstos son los que dan fama:  
mientras le soplo la dama  
él se arrancará los pelos  
encerrado en mi bodega.  
¿Y ella? Cuando crea hallarse  
con él..., ¡ja!, ¡ja! ¡Oh!, y quejarse  
no puede; limpio se juega.  
A la cárcel le llevé  
y salió; llevóme a mí,  
y salí; hallarnos aquí  
era fuerza..., ya se ve:  
su parte en la grave apuesta  
defendía cada cual.

Mas con la suerte está mal  
Mejía, y también pierde ésta.  
Sin embargo, y por si acaso,  
no es demás asegurarse  
de Lucía, a desgraciarse  
no vaya por poco el paso.  
Mas por allí un bulto negro  
se aproxima..., y, a mi ver,  
es el bulto una mujer.  
¿Otra aventura? Me alegro.

*Escena IX*

*DON JUAN y BRÍGIDA*

BRÍGIDA.                   ¿Caballero?

D. JUAN.                    ¿Quién va allá?

BRÍGIDA.                   ¿Sois don Juan?

D. JUAN.                    ¡Por vida de...!  
¡Si es la beata! ¡Y a fe  
que la había olvidado ya!  
Llegaos, don Juan soy yo.

BRÍGIDA.                   ¿Estáis solo?

D. JUAN.                    Con el diablo.

BRÍGIDA.                   ¡Jesucristo!

D. JUAN.                    Por vos lo hablo.

BRÍGIDA.                   ¿Soy yo el diablo?

D. JUAN.                    Creoló.

BRÍGIDA.                   ¡Vaya! ¡Qué cosas tenéis!  
Vos sí que sois un diablillo...

- D. JUAN.                   Que te llenará el bolsillo  
si le sirves.
- BRÍGIDA.                   Lo veréis.
- D. JUAN.                   Descarga, pues, ese pecho.  
¿Qué hiciste?
- BRÍGIDA.                   ¿Cuanto me ha dicho  
vuestro paje...! ¡Y qué mal bicho  
es ese Ciutti!
- D. JUAN.                   ¿Qué ha hecho?
- BRÍGIDA.                   ¡Gran bribón!
- D. JUAN.                   ¿No os ha entregado  
un bolsillo y un papel?
- BRÍGIDA.                   Leyendo estará ahora en él  
doña Inés.
- D. JUAN.                   ¿La has preparado?
- BRÍGIDA.                   Vaya; y os la he convencido  
con tal maña y de manera,  
que irá como una cordera  
tras vos.
- D. JUAN.                   ¡Tan fácil te ha sido!
- BRÍGIDA.                   ¡Bah! Pobre garza enjaulada,  
dentro la jaula nacida,  
¿qué sabe ella si hay más vida  
ni más aire en que volar?  
Si no vio nunca sus plumas  
del sol a los resplandores,  
¿qué sabe de los colores  
de que se puede ufanar?  
No cuenta la pobrecilla  
diez y siete primaveras,

y aún virgen a las primeras  
impresiones del amor,  
nunca concibió la dicha  
fuera de su pobre estancia,  
tratada desde su infancia  
con cauteloso rigor.  
Y tantos años monótonos  
de soledad y convento  
tenían su pensamiento  
ceñido a punto tan ruin,  
a tan reducido espacio,  
y a círculo tan mezquino,  
que era el claustro su destino  
y el altar era su fin.  
«Aquí está Dios», la dijeron;  
y ella dijo: «Aquí le adoro.»  
«Aquí está el claustro y el coro.»  
Y pensó: «No hay más allá.»  
Y sin otras ilusiones  
que sus sueños infantiles,  
pasó diez y siete abriles  
sin conocerlo quizá.

D. JUAN.                   ¿Y está hermosa?

BRÍGIDA.                   ¡Oh! Como un ángel.

D. JUAN.                   ¿Y la has dicho...?

BRÍGIDA.                   Figuraos  
si habré metido mal caos  
en su cabeza, don Juan.  
La hablé del amor, del mundo,  
de la corte y los placeres,  
de cuánto con las mujeres  
erais pródigo y galán.  
La dije que erais el hombre

por su padre destinado  
para suyo: os he pintado  
muerto por ella de amor,  
desesperado por ella  
y por ella perseguido,  
y por ella decidido  
a perder vida y honor.  
En fin, mis dulces palabras,  
al posarse en sus oídos,  
sus deseos mal dormidos  
arrastraron de sí en pos;  
y allá dentro de su pecho  
han inflamado una llama  
de fuerza tal, que ya os ama  
y no piensa más que en vos.

D. JUAN.

Tan incentiva pintura  
los sentidos me enajena,  
y el alma ardiente me llena  
de su insensata pasión.  
Empezó por una apuesta,  
siguió por un devaneo,  
engendró luego un deseo,  
y hoy me quema el corazón.  
Poco es el centro de un claustro,  
¡al mismo infierno bajara,  
y a estocadas la arrancara  
de los brazos de Satán!  
¡Oh! Hermosa flor, cuyo cáliz  
al rocío aún no se ha abierto,  
a trasplantarte va al huerto  
de sus amores don. Juan.  
¿Brígida?

BRÍGIDA.

Os estoy oyendo,  
y me hacéis perder el tino:

yo os creía un libertino  
sin alma y sin corazón.

D. JUAN.                   ¿Eso extrañas? ¿No está claro  
que en un objeto tan noble  
hay que interesarse doble  
que en otros?

BRÍGIDA.                   Tenéis razón.

D. JUAN.                   ¿Conque a qué hora se recogen  
las madres?

BRÍGIDA.                   Ya recogidas  
estarán. ¿Vos prevenidas  
todas las cosas tenéis?

D. JUAN.                   Todas.

BRÍGIDA.                   Pues luego que doblen  
a las ánimas, con tiento  
saltando al huerto, al convento  
fácilmente entrar podéis  
con la llave que os he enviado:  
de un claustro oscuro y estrecho  
es; seguidle bien derecho,  
y daréis con poco afán  
en nuestra celda.

D. JUAN.                   Y si acierto  
a robar tan gran tesoro,  
te he de hacer pesar en oro.

BRÍGIDA.                   Por mí no queda, don Juan.

D. JUAN.                   Ve y aguárdame.

BRÍGIDA.                   Voy, pues,  
a entrar por la portería,

y a cegar a sor María  
la tornera. Hasta después.

*(Vase BRÍGIDA, y un poco antes de concluir esta escena sale  
CIUTTI, que se para en el fondo esperando.)*

*Escena X*

*DON JUAN y CIUTTI*

- D. JUAN.           Pues, señor, ¡soberbio envite!  
                      Muchas hice hasta esta hora,  
                      mas, ¡por Dios que la de ahora,  
                      será tal, que me acredite!  
                      Mas ya veo que me espera  
                      Ciutti. ¿Lebrel?                   *(Llamándole.)*
- CIUTTI.               Aquí estoy.
- D. JUAN.            ¿Y don Luis?
- CIUTTI.               Libre por hoy  
                      estáis de él.
- D. JUAN.            Ahora quisiera  
                      ver a Lucía.
- CIUTTI.               Llegar  
                      podéis aquí. (A la reja derecha.) Yo la llamo,  
                      y al salir a mi reclamo  
                      la podéis vos abordar.
- D. JUAN.            Llama, pues.
- CIUTTI.               La seña mía  
                      sabe bien para que dude  
                      en acudir.

D. JUAN.                   Pues si acude  
                                  lo demás es cuenta mía.

*(CIUTTI llama a la reja con una seña que parezca convenida.  
LUCÍA se asoma a ella, y al ver a DON JUAN se detiene un  
momento.)*

*Escena X*

*DON JUAN, LUCÍA y CIUTTI*

LUCÍA.                   ¿Qué queréis, buen caballero?

D. JUAN.                   Quiero.

LUCÍA.                   ¿Qué queréis? Vamos a ver.

D. JUAN.                   Ver.

LUCÍA.                   ¿Ver? ¿Qué veréis a esta hora?

D. JUAN.                   A tu señora.

LUCÍA.                   Idos, hidalgo, en mal hora;  
                                  ¿quién pensáis que vive aquí?

D. JUAN.                   Doña Ana Pantoja, y  
                                  quiero ver a tu señora.

LUCÍA.                   ¿Sabéis que casa doña Ana?

D. JUAN.                   Sí, mañana.

LUCÍA.                   ¿Y ha de ser tan infiel ya?

D. JUAN.                   Sí será.

LUCÍA.                   ¿Pues no es de don Luis Mejía?

D. JUAN.                   ¡Ca! Otro día.  
                                  Hoy no es mañana, Lucía:



yo he de estar hoy con doña Ana,  
y si se casa mañana,  
mañana será otro día.

LUCÍA. ¡Ah! ¿En recibiros está?

D. JUAN. Podrá.

LUCÍA. ¿Qué haré si os he de servir?

D. JUAN. Abrir.

LUCÍA. ¡Bah! ¿Y quién abre este castillo?

D. JUAN. Ese bolsillo.

LUCÍA. ¿Oro?

D. JUAN. Pronto te dio el brillo.

LUCÍA. ¡Cuánto!

D. JUAN. De cien doblas pasa.

LUCÍA. ¡Jesús!

D. JUAN. Cuenta y di: ¿esta casa  
*podrá abrir este bolsillo?*

LUCÍA. Oh! Si es quien me dora el pico...

D. JUAN. Muy rico. (*Interrumpiéndola.*)

LUCÍA. ¿Sí? ¿Qué nombre usa el galán?

D. JUAN. Don Juan.

LUCÍA. ¿Sin apellido notorio?

D. JUAN. Tenorio.

LUCÍA. ¡Ánimas del purgatorio!  
¿Vos don Juan?

- D. JUAN.                                   ¿Qué te amedrenta,  
si a tus ojos se presenta  
muy rico don Juan Tenorio?
- LUCÍA.                                   Rechina la cerradura.
- D. JUAN.                                   Se asegura.
- LUCÍA.                                   ¿Y a mí, quién? ¡Por Belcebú!
- D. JUAN.                                   Tú.
- LUCÍA.                                   ¿Y qué me abrirá el camino?
- D. JUAN.                                   Buen tino.
- LUCÍA.                                   ¡Bah! Ir en brazos del destino...
- D. JUAN.                                   Dobla el oro.
- LUCÍA.                                   Me acomodo.
- D. JUAN.                                   Pues mira cómo de todo  
*se asegura tu buen tino.*
- LUCÍA.                                   Dadme algún tiempo, ¡pardiez!
- D. JUAN.                                   A las diez.
- LUCÍA.                                   ¿Dónde os busco, o vos a mí?
- D. JUAN.                                   Aquí.
- LUCÍA.                                   ¿Conque estaréis puntual, eh?
- D. JUAN.                                   Estaré.
- LUCÍA.                                   Pues yo una llave os traeré.
- D. JUAN.                                   Y yo otra igual cantidad.
- LUCÍA.                                   No me faltéis.

D. JUAN.                   No en verdad;  
a las diez aquí estaré.  
Adiós, pues, y en mí te fía.

LUCÍA.                    Y en mí el garboso galán.

D. JUAN.                  Adiós, pues, franca Lucía.

LUCÍA.                    Adiós, pues, rico D. Juan.

*(LUCÍA cierra la ventana. CIUTTI se acerca a DON JUAN a una seña de éste.)*

*Escena XII*

*DON JUAN y CIUTTI*

D. JUAN.                  *(Riéndose.)*  
Con oro nada hay que falle:  
Ciutti ya sabes mi intento:  
a las nueve en el convento;  
a las diez, en esta calle.

*(Vanse.)*

*Acto tercero*

Profanación

DON JUAN, DOÑA INÉS, DON GONZALO, BRÍGIDA, LA  
ABADESA y LA TORNERA.

*Celda de DOÑA INÉS. Puerta en el fondo y a la izquierda*

*Escena I*

*DOÑA INÉS y LA ABADESA*

ABADESA. ¿Conque me habéis entendido?

D.<sup>a</sup> INÉS. Sí, señora.

ABADESA.                   Está muy bien;  
la voluntad decisiva  
de vuestro padre tal es.  
Sois joven, cándida y buena;  
vivido en el claustro habéis  
casi desde que nacisteis;  
y para quedar en él  
atada con santos votos  
para siempre, ni aún tenéis,  
como otras, pruebas difíciles  
ni penitencias que hacer.  
¡Dichosa mil veces vos!  
Dichosa, sí, doña Inés,  
que no conociendo el mundo,  
no le debéis de temer.

¡Dichosa vos, que del claustro  
al pisar en el dintel,  
no os volveréis a mirar  
lo que tras vos dejaréis!  
Y los mundanos recuerdos  
del bullicio y del placer  
no os turbarán tentadores  
del ara santa a los pies;  
pues ignorando lo que hay  
tras esa santa pared,  
lo que tras ella se queda  
jamás apeteceréis.  
Mansa paloma enseñada  
en las palmas a comer  
del dueño que la ha criado  
en doméstico vergel,  
no habiendo salido nunca  
de la protectora red,  
no ansiareis nunca las alas  
por el espacio tender.  
Lirio gentil, cuyo tallo  
mecieron sólo tal vez  
las embalsamadas brisas  
del más florecido mes,  
aquí a los besos del aura  
vuestro cáliz abriréis,  
y aquí vendrán vuestras hojas  
tranquilamente a caer.  
Y en el pedazo de tierra  
que abarca nuestra estrechez,  
y en el pedazo de cielo  
que por las rejas se ve,  
vos no veréis más que un lecho  
do en dulce sueño yacer,  
y un velo azul suspendido

a las puertas del Edén.  
¡Ay! En verdad que os envidio,  
venturosa doña Inés,  
con vuestra inocente vida,  
la virtud del no saber.  
¿Mas por qué estáis cabizbaja?  
¿Por qué no me respondéis  
como otras veces, alegre,  
cuando en lo mismo os hablé?  
¿Suspiráis?... ¡Oh!, ya comprendo:  
de vuelta aquí hasta no ver  
a vuestra aya, estáis inquieta;  
pero nada receléis.  
A casa de vuestro padre  
fue casi al anochecer,  
y abajo en la portería  
estará: yo os la enviaré,  
que estoy de vela esta noche.  
Conque, vamos, doña Inés,  
recogeos, que ya es hora:  
mal ejemplo no me deis  
a las novicias, que ha tiempo  
que duermen ya: hasta después.

D.<sup>a</sup> INÉS.

Id con Dios, madre abadesa.

ABADESA.

Adiós, hija.

*Escena II*  
*DOÑA INÉS*

D.<sup>a</sup> INÉS.

Ya se fue.  
No sé qué tengo, ¡ay de mí!,  
que en tumultuoso tropel  
mil encontradas ideas  
me combaten a la vez.  
Otras noches complacida  
sus palabras escuché;  
y de esos cuadros tranquilos  
que sabe pintar tan bien,  
de esos placeres domésticos  
la dichosa sencillez  
y la calma venturosa,  
me hicieron apetecer  
la soledad de los claustros  
y su santa rigidez.  
Mas hoy la oí distraída,  
y en sus pláticas hallé,  
si no enojosos discursos  
a lo menos aridez.  
Y no sé por qué al decirme  
que podría acontecer  
que se acelerase el día  
de mi profesión, temblé;  
y sentí del corazón  
acelerarse el vaivén,  
y teñírseme el semblante  
de amarilla palidez.  
¡Ay de mí...! ¡Pero mi dueña,  
dónde estará...! Esa mujer  
con sus pláticas al cabo

me entretiene alguna vez.  
Y hoy la echo menos... acaso  
porque la voy a perder,  
que en profesando es preciso  
renunciar a cuanto amé.  
Mas pasos siento en el claustro;  
¡oh!, reconozco muy bien  
sus pisadas... Ya está aquí.

*Escena III*

*DOÑA INÉS y BRÍGIDA*

- BRÍGIDA. Buenas noches, doña Inés.
- D.<sup>a</sup> INÉS. ¿Cómo habéis tardado tanto?
- BRÍGIDA. Voy a cerrar esta puerta.
- D.<sup>a</sup> INÉS. Hay orden de que esté abierta.
- BRÍGIDA. Eso es muy bueno y muy santo  
para las otras novicias  
que han de consagrarse a Dios,  
no, doña Inés, para vos.
- D.<sup>a</sup> INÉS. Brígida, ¿no ves que vicias  
las reglas del monasterio  
que no permiten...?
- BRÍGIDA. ¡Bah!, ¡bah!  
Más seguro así se está,  
y así se habla sin misterio  
ni estorbos: ¿habéis mirado  
el libro que os he traído?
- D.<sup>a</sup> INÉS. ¡Ay!, se me había olvidado.
- BRÍGIDA. ¡Pues me hace gracia el olvido!



- D.<sup>a</sup> INÉS.            ¡Como la madre abadesa  
se entró aquí inmediatamente!
- BRÍGIDA.            ¡Vieja más impertinente!
- D.<sup>a</sup> INÉS.            ¿Pues tanto el libro interesa?
- BRÍGIDA.            ¡Vaya si interesa! Mucho.  
¿Pues quedó con poco afán  
el infeliz!
- D.<sup>a</sup> INÉS.                       ¿Quién?
- BRÍGIDA.                       Don Juan.
- D.<sup>a</sup> INÉS.            ¡Válgame el cielo! ¡Qué escucho!  
¿Es don Juan quien me le envía?
- BRÍGIDA.            Por supuesto.
- D.<sup>a</sup> INÉS.                       ¡Oh! Yo no debo  
tomarle.
- BRÍGIDA.                       ¡Pobre mancebo!  
Desairarle así, sería  
matarle.
- D.<sup>a</sup> INÉS.                       ¿Qué estás diciendo?
- BRÍGIDA.            Si ese horario no tomáis,  
tal pesadumbre le dais  
que va a enfermar; lo estoy viendo.
- D.<sup>a</sup> INÉS.            ¡Ah! No, no: de esa manera,  
le tomaré.
- BRÍGIDA.                       Bien haréis.
- D.<sup>a</sup> INÉS.            ¡Y qué bonito es!
- BRÍGIDA.                       Ya veis;  
quien quiere agradar, se esmera.



- BRÍGIDA. Doña Inés, ¡válgame Dios!  
Jamás os he visto así:  
estáis trémula.
- D.<sup>a</sup> INÉS. ¡Ay de mí!
- BRÍGIDA. ¿Qué es lo que pasa por vos?
- D.<sup>a</sup> INÉS. No sé... El campo de mi mente  
siento que cruzan perdidas  
mil sombras desconocidas  
que me inquietan vagamente;  
y ha tiempo al alma me dan  
con su agitación tortura.
- BRÍGIDA. ¿Tiene alguna, por ventura,  
el semblante de don Juan?
- D.<sup>a</sup> INÉS. No sé: desde que le vi,  
Brígida mía, y su nombre  
me dijiste, tengo a ese hombre  
siempre delante de mí.  
Por doquiera me distraigo  
con su agradable recuerdo,  
y si un instante le pierdo,  
en su recuerdo recaigo.  
No sé qué fascinación  
en mis sentidos ejerce,  
que siempre hacia él se me tuerce  
la mente y el corazón:  
y aquí y en el oratorio,  
y en todas partes, advierto  
que el pensamiento divierto  
con la imagen de Tenorio.
- BRÍGIDA. ¡Válgame Dios! Doña Inés,  
según lo vais explicando,

- tentaciones me van dando  
de creer que eso amor es.
- D.<sup>a</sup> INÉS. ¡Amor has dicho!
- BRÍGIDA. Sí, amor.
- D.<sup>a</sup> INÉS. No, de ninguna manera.
- BRÍGIDA. Pues por amor lo entendiera  
el menos entendedor;  
mas vamos la carta a ver:  
¿en qué os paráis? ¿Un suspiro?
- D.<sup>a</sup> INÉS. ¡Ay!, que cuanto más la miro,  
menos me atrevo a leer.  
(*Lee.*)  
«Doña Inés del alma mía.»  
¡Virgen Santa, qué principio!
- BRÍGIDA. Vendrá en verso, y será un ripio  
que traerá la poesía.  
Vamos, seguid adelante.
- D.<sup>a</sup> INÉS. (*Lee.*)  
«Luz de donde el sol la toma,  
hermosísima paloma  
privada de libertad,  
si os dignáis por estas letras  
pasar vuestros lindos ojos,  
no los tornéis con enojos  
sin concluir, acabad.»
- BRÍGIDA. ¡Qué humildad! ¡Y que finura!  
¿Dónde hay mayor rendimiento?
- D.<sup>a</sup> INÉS. Brígida, no sé qué siento.
- BRÍGIDA. Seguid, seguid la lectura.

D.<sup>a</sup> INÉS.           *(Lee.)*  
«Nuestros padres de consuno  
nuestras bodas acordaron,  
porque los cielos juntaron  
los destinos de los dos.  
Y halagado desde entonces  
con tan risueña esperanza,  
mi alma, doña Inés, no alcanza  
otro porvenir que vos.  
De amor con ella en mi pecho  
brotó una chispa ligera,  
que han convertido en hoguera  
tiempo y afición tenaz:  
y esta llama que en mí mismo  
se alimenta inextinguible,  
cada día más terrible  
va creciendo y más voraz.»

BRÍGIDA.           Es claro; esperar le hicieron  
en vuestro amor algún día,  
y hondas raíces tenía  
cuando a arrancársele fueron.  
Seguid.

D.<sup>a</sup> INÉS.           *(Lee.)* «En vano a apagarla  
concurren tiempo y ausencia,  
que doblando su violencia,  
no hoguera ya, volcán es.  
Y yo, que en medio del cráter  
desamparado batallo,  
suspendido en él me hallo  
entre mi tumba y mi Inés.»

BRÍGIDA.           ¿Lo veis, Inés? Si ese horario  
le despreciáis, al instante  
le preparan el sudario.

D.<sup>a</sup> INÉS. Yo desfallezco.

BRÍGIDA. Adelante.

D.<sup>a</sup> INÉS. *(Lee.)*

«Inés, alma de mi alma,  
perpetuo imán de mi vida,  
perla sin concha escondida  
entre las algas del mar;  
garza que nunca del nido  
tender osastes el vuelo,  
el diáfano azul del cielo  
para aprender a cruzar:  
si es que a través de esos muros  
el mundo apenas mira,  
y por el mundo suspiras  
de libertad con afán,  
acuérdate que al pie mismo  
de esos muros que te guardan,  
para salvarte te aguardan  
los brazos de tu don Juan.»

*(Representa.)*

¿Qué es lo que me pasa, ¡cielo!  
que me estoy viendo morir?

BRÍGIDA. *(Ya tragó todo el anzuelo.)*  
Vamos, que está al concluir.

D.<sup>a</sup> INÉS. *(Lee.)*

«Acuérdate de quien llora  
al pie de tu celosía  
y allí le sorprende el día  
y le halla la noche allí;  
acuérdate de quien vive  
sólo por ti, ¡vida mía!  
y que a tus pies volaría  
si le llamaras a ti.»



D.<sup>a</sup> INÉS.            ¡Don Juan dices...! ¿Conque ese hombre  
me ha de seguir por doquier?  
¿Sólo he de escuchar su nombre?  
¿Sólo su sombra he de ver?  
¡Ah! Bien dice: juntó el cielo  
los destinos de los dos,  
y en mi alma engendró este anhelo  
fatal.

BRÍGIDA.            ¡Silencio, por Dios!  
*(Se oyen dar las ánimas.)*

D.<sup>a</sup> INÉS.            ¿Qué?

BRÍGIDA.            Silencio!

D.<sup>a</sup> INÉS.            Me estremeces.

BRÍGIDA.            ¿Oís, doña Inés, tocar?

D.<sup>a</sup> INÉS.            Sí, lo mismo que otras veces  
las ánimas oigo dar.

BRÍGIDA.            Pues no habléis de él.

D.<sup>a</sup> INÉS.            ¡Cielo santo!  
¿De quién?

BRÍGIDA.            ¿De quién ha de ser?  
De ese don Juan que amáis tanto,  
porque puede aparecer.

D.<sup>a</sup> INÉS.            ¡Me amedrentas! ¿Puede ese hombre  
llegar hasta aquí?

BRÍGIDA.            Quizá.  
Porque el eco de su nombre  
tal vez llega adonde está.

D.<sup>a</sup> INÉS.            ¡Cielos! ¿Y podrá?...



- BRÍGIDA.           ¿Quién sabe?
- D.<sup>a</sup> INÉS.           ¿Es un espíritu, pues?
- BRÍGIDA.           No, mas si tiene una llave...
- D.<sup>a</sup> INÉS.           ¡Dios!
- BRÍGIDA.                       Silencio, doña Inés:  
¿no oís pasos?
- D.<sup>a</sup> INÉS.                       ¡Ay! Ahora  
nada oigo.
- BRÍGIDA.                       Las nueve dan.  
Suben...,se acercan... Señora...  
Ya está aquí.
- D.<sup>a</sup> INÉS.                       ¿Quién?
- BRÍGIDA.                       Él.
- D.<sup>a</sup> INÉS.           ¡Don Juan!

*Escena IV*

*DOÑA INÉS, DON JUAN y BRÍGIDA*

- D.<sup>a</sup> INÉS.           ¿Qué es esto? Sueño..., deliro.
- D. JUAN.           ¡Inés de mi corazón!
- D.<sup>a</sup> INÉS.           ¿Es realidad lo que miro,  
o es una fascinación...?  
Tenedme.... apenas respiro...  
Sombra.... huye por compasión.  
¡Ay de mí...!

*(Desmáyase DOÑA INÉS y DON JUAN la sostiene. La carta de  
DON JUAN queda en el suelo abandonada por DOÑA INÉS al  
desmayarse.)*

- BRÍGIDA. La ha fascinado  
vuestra repentina entrada,  
y el pavor la ha trastornado.
- D. JUAN. Mejor: así nos ha ahorrado  
la mitad de la jornada.  
¡Ea! No desperdiciemos  
el tiempo aquí en contemplarla,  
si perdernos no queremos.  
En los brazos a tomarla  
voy, y cuanto antes, ganemos  
ese claustro solitario.
- BRÍGIDA. ¡Oh, vais a sacarla así!
- D. JUAN. Necia, ¿piensas que rompí  
la clausura, temerario,  
para dejármela aquí?  
Mi gente abajo me espera:  
sígueme.
- BRÍGIDA. ¡Sin alma estoy!  
¡Ay! Este hombre es una fiera;  
nada le ataja ni altera...  
Sí, sí; a su sombra me voy.

*Escena V*

*LA ABADESA*

- ABADESA. Jurara que había oído  
por estos claustros andar:  
hoy a doña Inés velar  
algo más la he permitido.  
Y me temo... Mas no están  
aquí. ¿Qué pudo ocurrir  
a las dos, para salir

de la celda? ¿Dónde irán?  
¡Hola! Yo las ataré  
corto para que no vuelvan  
a enredar, y me revuelvan  
a las novicias..., sí a fe.  
Mas siento por allá fuera  
pasos. ¿Quién es?

*Escena VI*

*LA ABADESA, y LA TORNERA*

TORNERA. Yo, señora.

ABADESA. ¡Vos en el claustro a esta hora!  
¿Qué es esto, hermana tornera?

TORNERA. Madre abadesa, os buscaba.

ABADESA. ¿Qué hay? Decid.

TORNERA. Un noble anciano  
quiere hablaros.

ABADESA. Es en vano.

TORNERA. Dice que es de Calatrava  
caballero; que sus fueros  
le autorizan a este paso,  
y que la urgencia del caso  
le obliga al instante a veros.

ABADESA. ¿Dijo su nombre?

TORNERA. El señor  
don Gonzalo de Ulloa.

ABADESA. ¿Qué  
puede querer...? Abralé,

hermana: es comendador  
de la Orden, y derecho  
tiene en el claustro de entrada.

*Escena VII*

*LA ABADESA*

ABADESA.           ¿A una hora tan avanzada  
venir así...? No sospecho  
qué pueda ser..., mas me place,  
pues no hallando a su hija aquí,  
la reprenderá, y así  
mirará otra vez lo que hace.

*Escena VIII*

*LA ABADESA, DON GONZALO y LA TORNERA, a la puerta*

D. GONZALO.       Perdonad, madre abadesa,  
que en hora tal os moleste;  
mas para mí, asunto es éste  
que honra y vida me interesa.

ABADESA.           ¡Jesús!

D. GONZALO.       Oíd.

ABADESA.           Hablad, pues.

D. GONZALO.       Yo guardé hasta hoy un tesoro  
de más quilates que el oro,  
y ese tesoro es mi Inés.

ABADESA.           A propósito.

D. GONZALO.       Escuchad.  
Se me acaba de decir

que han visto a su dueña ir  
ha poco por la ciudad  
hablando con un criado  
que un don Juan, de tal renombre,  
que no hay en la tierra otro hombre  
tan audaz y tan malvado.  
En tiempo atrás se pensó  
con él a mi hija casar,  
y hoy, que se la fui a negar,  
robármela me juró.  
Que por el torpe doncel  
ganada la dueña está,  
no puedo dudarlo ya:  
debo, pues, guardarme de él.  
Y un día, una hora quizás  
de imprevisión, le bastara  
para que mi honor manchara  
a ese hijo de Satanás.  
He aquí mi inquietud cuál es:  
por la dueña, en conclusión,  
vengo: vos la profesión  
abreviad de doña Inés.

ABADESA. Sois padre, y es vuestro afán  
muy justo, comendador;  
mas ved que ofende a mi honor.

D. GONZALO. No sabéis quién es don Juan.

ABADESA. Aunque le pintáis tan malo,  
yo os puedo decir de mí,  
que mientras Inés esté aquí,  
segura está, don Gonzalo.

D. GONZALO. Lo creo; mas las razones  
abreviemos: entregadme  
a esa dueña, y perdonadme

mis mundanas opiniones.  
Si vos de vuestra virtud  
me respondéis, yo me fundo  
en que conozco del mundo  
la insensata juventud.

ABADESA. Se hará como lo exigís.  
Hermana tornera, id, pues,  
a buscar a doña Inés  
y a su dueña. (Vase LA TORNERA.)

D. GONZALO. ¿Qué decís,  
señora? O traición me ha hecho  
mi memoria, o yo sé bien  
que ésta es hora de que estén  
ambas a dos en su lecho.

ABADESA. Ha un punto sentí a las dos  
salir de aquí, no sé a qué.

D. GONZALO. ¡Ay! Por qué tiemblo no sé.  
¡Mas qué veo, santo Dios!  
Un papel..., me lo decía  
a voces mi mismo afán.  
(Leyendo.)  
«Doña Inés del alma mía...»  
Y la firma de don Juan.  
Ved..., ved..., esa prueba escrita.  
Leed ahí... ¡Oh! Mientras que vos  
por ella rogáis a Dios  
viene el diablo y os la quita.

*Escena IX*

*LA ABADESA, DON GONZALO y LA TORNERA*

- TORNERA.            Señora...
- ABADESA.            ¿Qué es?
- TORNERA.            Vengo muerta.
- D. GONZALO.        Concluid.
- TORNERA.            No acierto a hablar...  
He visto a un hombre saltar  
por las tapias de la huerta.
- D. GONZALO.        ¿Veis? Corramos: ¡ay de mí!
- ABADESA.            ¿Dónde vais, comendador?
- D. GONZALO.        ¡Imbécil!, tras de mi honor,  
que os roban a vos de aquí.

*Acto cuarto*

El Diablo a las puertas del Cielo

DON JUAN, DOÑA INÉS, DON GONZALO, DON LUIS,  
CIUTTI, BRÍGIDA, ALGUACILES 1.º y 2.º

*Quinta de DON JUAN TENORIO cerca de Sevilla y sobre el  
Guadalquivir. Balcón en el fondo. Dos puertas a cada lado.*

*Escena I*

*BRÍGIDA y CIUTTI*

BRÍGIDA.                    ¡Qué noche, válgame Dios!  
                                  A poderlo calcular  
                                  no me meto yo a servir  
                                  a tan fogoso galán.  
                                  ¡Ay, Ciutti! Molida estoy;  
                                  no me puedo menear.

CIUTTI.                    ¿Pues qué os duele?

BRÍGIDA.                                       Todo el cuerpo  
                                  y toda el alma además.

CIUTTI.                    ¡Ya! No estáis acostumbrada  
                                  al caballo, es natural.

BRÍGIDA.                    Mil veces pensé caer.  
                                  ¡uf!, ¡qué mareo!, ¡qué afán!  
                                  Veía yo unos tras otros  
                                  ante mis ojos pasar



los árboles como en alas  
llevados de un huracán,  
tan apriesa y produciéndome  
ilusión tan infernal,  
que perdiera los sentidos  
si tardamos en parar.

CIUTTI. Pues de estas cosas veréis,  
si en esta casa os quedáis,  
lo menos seis por semana.

BRÍGIDA. ¡Jesús!

CIUTTI. ¿Y esa niña está  
reposando todavía?

BRÍGIDA. ¿Y a qué se ha de despertar?

CIUTTI. Sí, es mejor que abra los ojos  
en los brazos de don Juan.

BRÍGIDA. Preciso es que tu amo tenga  
algún diablo familiar.

CIUTTI. Yo creo que sea él mismo  
un diablo en carne mortal  
porque a lo que él, solamente  
se arrojara Satanás.

BRÍGIDA. ¡Oh! ¡El lance ha sido extremado!

CIUTTI. Pero al fin logrado está.

BRÍGIDA. ¡Salir así de un convento  
en medio de una ciudad  
como Sevilla!

CIUTTI. Es empresa  
tan sólo para hombre tal.  
Mas, ¡qué diablos!, si a su lado  
la fortuna siempre va,

y encadenado a sus pies  
duerme sumiso el azar.

BRÍGIDA. Sí, decís bien.

CIUTTI. No he visto hombre  
de corazón más audaz;  
ni halla riesgo que le espante,  
ni encuentra dificultad  
que al empeñase en vencer  
le haga un punto vacilar.  
A todo osado se arroja,  
de todo se ve capaz,  
ni mira dónde se mete,  
ni lo pregunta jamás.  
Allí hay un lance, le dicen;  
y él dice: «Allá va don Juan.»  
¡Mas ya tarda, vive Dios!

BRÍGIDA. Las doce en la catedral  
han dado ha tiempo.

CIUTTI. Y de vuelta  
debía a las doce estar.

BRÍGIDA. ¿Pero por qué no se vino  
con nosotros?

CIUTTI. Tiene allá  
en la ciudad todavía  
cuatro cosas que arreglar.

BRÍGIDA. ¿Para el viaje?

CIUTTI. Por supuesto;  
aunque muy fácil será  
que esta noche a los infiernos  
le hagan a él mismo viajar.

BRÍGIDA. ¡Jesús, qué ideas!



*Escena II*

*DOÑA INÉS y BRÍGIDA*

D.<sup>a</sup> INÉS. Dios mío, ¡cuánto he soñado!  
Loca estoy: ¿qué hora será?  
¿Pero qué es esto, ay de mí?  
No recuerdo que jamás  
haya visto este aposento.  
¿Quién me trajo aquí?

BRÍGIDA. Don Juan.

D.<sup>a</sup> INÉS. Siempre don Juan..., ¿mas conmigo  
aquí tú también estás,  
Brígida?

BRÍGIDA. Sí, doña Inés.

D.<sup>a</sup> INÉS. Pero dime, en caridad,  
¿dónde estamos? ¿Este cuarto  
es del convento?

BRÍGIDA. No tal:  
aquello era un cuchitril  
en donde no había más  
que miseria.

D.<sup>a</sup> INÉS. Pero, en fin,  
¿en dónde estamos?

BRÍGIDA. Mirad,  
mirad por este balcón,  
y alcanzaréis lo que va  
desde un convento de monjas  
a una quinta de don Juan.

D.<sup>a</sup> INÉS. ¿Es de don Juan esta quinta?

- BRÍGIDA. Y creo que vuestra ya.
- D.<sup>a</sup> INÉS. Pero no comprendo, Brígida,  
lo que hablas.
- BRÍGIDA. Escuchad.  
Estabais en el convento  
leyendo con mucho afán  
una carta de don Juan,  
cuando estalló en un momento  
un incendio formidable.
- D.<sup>a</sup> INÉS. ¡Jesús!
- BRÍGIDA. Espantoso, inmenso;  
el humo era ya tan denso,  
que el aire se hizo palpable.
- D.<sup>a</sup> INÉS. Pues no recuerdo...
- BRÍGIDA. Las dos  
con la carta entretenidas,  
olvidamos nuestras vidas,  
yo oyendo, y leyendo vos.  
Y estaba, en verdad, tan tierna,  
que entrambas a su lectura  
achacamos la tortura  
que sentíamos interna.  
Apenas ya respirar  
podíamos, y las llamas  
prendían ya en nuestras camas  
nos íbamos a asfixiar,  
cuando don Juan, que os adora,  
y que rondaba el convento,  
al ver crecer con el viento  
la llama devastadora,  
con inaudito valor,  
viendo que ibais a abrasaros,

se metió para salvaros,  
por donde pudo mejor.  
Vos, al verle así asaltar  
la celda tan de improviso,  
os desmayasteis..., preciso;  
la cosa era de esperar.  
Y él, cuando os vio caer así,  
en sus brazos os tomó  
y echó a huir; yo le seguí,  
y del fuego nos sacó.  
¿Dónde íbamos a esta hora?  
Vos seguíais desmayada,  
yo estaba ya casi ahogada.  
Dijo, pues: «Hasta la aurora  
en mi casa las tendré.»  
Y henos, doña Inés, aquí.

D.<sup>a</sup> INÉS. ¿Conque ésta es su casa?

BRÍGIDA. Sí.

D.<sup>a</sup> INÉS. Pues nada recuerdo, a fe.  
Pero..., ¡en su casa...! ¡Oh! Al punto  
salgamos de ella.... yo tengo  
la de mi padre.

BRÍGIDA. Convengo  
con vos; pero es el asunto...

D.<sup>a</sup> INÉS. ¿Qué?

BRÍGIDA. Que no podemos ir.

D.<sup>a</sup> INÉS. Oír tal me maravilla.

BRÍGIDA. Nos aparta de Sevilla...

D.<sup>a</sup> INÉS. ¿Quién?

BRÍGIDA. Vedlo, el Guadalquivir.

- D.<sup>a</sup> INÉS.                   ¿No estamos en la ciudad?
- BRÍGIDA.                   A una legua nos hallamos  
de sus murallas.
- D.<sup>a</sup> INÉS.   ¡Oh! ¡Estamos  
perdidas!
- BRÍGIDA.                   No sé, en verdad,  
por qué!
- D.<sup>a</sup> INÉS.                   Me estás confundiendo,  
Brígida..., y no sé qué redes  
son las que entre estas paredes  
temo que me estás tendiendo.  
Nunca el claustro abandoné,  
ni sé del mundo exterior  
los usos: mas tengo honor.  
Noble soy, Brígida, y sé  
que la casa de don Juan  
no es buen sitio para mí:  
me lo está diciendo aquí  
no sé qué escondido afán.  
Ven, huyamos.
- BRÍGIDA.                   Doña Inés,  
la existencia os ha salvado.
- D.<sup>a</sup> INÉS.                   Sí, pero me ha envenenado  
el corazón.
- BRÍGIDA.   ¿Le amáis, pues?
- D.<sup>a</sup> INÉS.                   No sé ..., mas, por compasión,  
huyamos pronto de ese hombre,  
tras de cuyo solo nombre  
se me escapa el corazón.  
¡Ah! Tú me diste un papel  
de mano de ese hombre escrito,

y algún encanto maldito  
me diste encerrado en él.  
Una sola vez le vi  
por entre unas celosías,  
y que estaba, me decías,  
en aquel sitio por mí.  
Tú, Brígida, a todas horas  
me venías de él a hablar,  
haciéndome recordar  
sus gracias fascinadoras.  
Tú me dijiste que estaba  
para mío destinado  
por mi padre..., y me has jurado  
en su nombre que me amaba.  
¿Que le amo, dices?... Pues bien,  
si esto es amar, sí, le amo;  
pero yo sé que me infamo  
con esa pasión también.  
Y si el débil corazón  
se me va tras de don Juan,  
tirándome de él están  
mi honor y mi obligación.  
Vamos, pues; vamos de aquí  
primero que ese hombre venga;  
pues fuerza acaso no tenga  
si le veo junto a mí.  
Vamos, Brígida.

BRÍGIDA.

Esperad

¿No oís?

D.<sup>a</sup> INÉS.

¿Qué?

BRÍGIDA.

Ruido de remos.

D.<sup>a</sup> INÉS.

Sí, dices bien; volveremos  
en un bote a la ciudad.



- BRÍGIDA. Mirad, mirad, doña Inés,  
D.<sup>a</sup> INÉS. Acaba..., por Dios, partamos.  
BRÍGIDA. Ya imposible que salgamos.  
D.<sup>a</sup> INÉS. ¿Por qué razón?  
BRÍGIDA. Porque él es  
quien en ese barquichuelo  
se adelanta por el río.  
D.<sup>a</sup> INÉS. ¡Ay! ¡Dadme fuerzas, Dios mío!  
BRÍGIDA. Ya llegó, ya está en el suelo.  
Sus gentes nos volverán  
a casa: mas antes de irnos,  
es preciso despedirnos  
a lo menos de don Juan.  
D.<sup>a</sup> INÉS. Sea, y vamos al instante.  
No quiero volverle a ver.  
BRÍGIDA. (Los ojos te hará volver  
el encontrarle delante.)  
Vamos.  
D.<sup>a</sup> INÉS. Vamos.  
CIUTTI. (*Dentro.*) Aquí están.  
D. JUAN. (*Ídem.*)  
Alumbra.  
BRÍGIDA. ¡Nos busca!  
D.<sup>a</sup> INÉS. Él es.



que brota esa orilla amena;  
esa agua limpia y serena  
que atraviesa sin temor  
la barca del pescador  
que espera cantando el día,  
¿no es cierto, paloma mía,  
que están respirando amor?  
Esa armonía que el viento  
recoge entre esos millares  
de floridos olivares,  
que agita con manso aliento;  
ese dulcísimo acento  
con que trina el ruiseñor  
de sus copas morador,  
llamando al cercano día,  
¿no es verdad, gacela mía,  
que están respirando amor?  
Y estas palabras que están  
filtrando insensiblemente  
tu corazón, ya pendiente  
de los labios de don Juan,  
y cuyas ideas van  
inflamando en su interior  
un fuego germinador  
no encendido todavía,  
¿no es verdad, estrella mía,  
que están respirando amor?  
Y esas dos líquidas perlas  
que se desprenden tranquilas  
de tus radiantes pupilas  
convidándome a beberlas,  
evaporarse, a no verlas,  
de sí mismas al calor;  
y ese encendido color  
que en tu semblante no había,

¿no es verdad, hermosa mía,  
que están respirando amor?  
¡Oh! Sí. bellísima Inés,  
espejo y luz de mis ojos;  
escucharme sin enojos,  
como lo haces, amor es:  
mira aquí a tus plantas, pues,  
todo el altivo rigor  
de este corazón traidor  
que rendirse no creía,  
adorando vida mía,  
la esclavitud de tu amor.

D.<sup>a</sup> INÉS.

Callad, por Dios, ¡oh, don Juan!,  
que no podré resistir  
mucho tiempo sin morir,  
tan nunca sentido afán.  
¡Ah! Callad, por compasión,  
que oyéndoos, me parece  
que mi cerebro enloquece,  
y se arde mi corazón.  
¡Ah! Me habéis dado a beber  
un filtro infernal sin duda,  
que a rendiros os ayuda  
la virtud de la mujer.  
Tal vez poseéis, don Juan,  
un misterioso amuleto,  
que a vos me atrae en secreto  
como irresistible imán.  
Tal vez Satán puso en vos  
su vista fascinadora,  
su palabra seductora,  
y el amor que negó a Dios.  
¿Y qué he de hacer, ¡ay de mí!,  
sino caer en vuestros brazos,

si el corazón en pedazos  
me vais robando de aquí?  
No, don Juan, en poder mío  
resistirte no está ya:  
yo voy a ti, como va  
sorbido al mar ese río.  
Tu presencia me enajena,  
tus palabras me alucinan,  
y tus ojos me fascinan,  
y tu aliento me envenena.  
¡Don Juan!, ¡don Juan!, yo lo imploro  
de tu hidalga compasión  
o arráncame el corazón,  
o ámame, porque te adoro.

D. JUAN.

¡Alma mía! Esa palabra  
cambia de modo mi ser,  
que alcanzo que puede hacer  
hasta que el Edén se me abra.  
No es, doña Inés, Satanás  
quien pone este amor en mí:  
es Dios, que quiere por ti  
ganarme para él quizás  
No; el amor que hoy se atesora  
en mi corazón mortal,  
no es un amor terrenal  
como el que sentí hasta ahora;  
no es esa chispa fugaz  
que cualquier ráfaga apaga;  
es incendio que se traga  
cuanto ve, inmenso voraz.  
Desecha, pues, tu inquietud,  
bellísima doña Inés,  
porque me siento a tus pies  
capaz aún de la virtud.

Sí; iré mi orgullo a postrar  
ante el buen comendador,  
y o habrá de darme tu amor,  
o me tendrá que matar,

D.<sup>a</sup> INÉS.                    ¡Don Juan de mi corazón!

D. JUAN.                    ¡Silencio! ¿Habéis escuchado?

D.<sup>a</sup> INÉS.                    ¿Qué?

D. JUAN.                    Sí, una barca ha atracado

*(Mira por el balcón.)*

debajo de ese balcón,  
Un hombre embozado de ella  
salta... Brígida, al momento  
pasad a ese otro aposento,  
y perdonad, Inés bella,  
si solo me importa estar.

D.<sup>a</sup> INÉS.                    ¿Tardarás?

D. JUAN.                    Poco ha de ser.

D.<sup>a</sup> INÉS.                    A mi padre hemos de ver.

D. JUAN.                    Sí, en cuanto empiece a clarear.  
Adiós.

*Escena IV*  
*DON JUAN, CIUTTI*

- CIUTTI.                               ¿Señor?
- D. JUAN.                               ¿Qué sucede,  
Ciutti?
- CIUTTI.                               Ahí está un embozado  
en veros muy empeñado.
- D. JUAN.                               ¿Quién es?
- CIUTTI.                               Dice que no puede  
descubrirse más que a vos,  
y que es cosa de tal priesa,  
que en ella se os interesa  
la vida a entrambos a dos.
- D. JUAN.                               ¿Y en él no has reconocido  
marca ni seña alguna  
que nos oriente?
- CIUTTI.                               Ninguna;  
mas a veros decidido  
viene.
- D. JUAN.                               ¿Trae gente?
- CIUTTI.                               No más  
que los remeros del bote.
- D. JUAN.                               Que entre.

*Escena V*

*DON JUAN; luego CIUTTI y DON LUIS embozado*

D. JUAN.                                ¡Jugamos a escote  
la vida...! Mas ¿si es quizás  
un traidor que hasta mi quinta  
me viene siguiendo el paso?  
Hálleme, pues, por si acaso  
con las armas en la cinta.

*(Se ciñe la espada y suspende al cinto un par de pistolas que  
habrá colocado sobre la mesa a su salida en la escena tercera. Al  
momento sale CIUTTI conduciendo a DON LUIS que, embozado  
hasta los ojos, espera a que se queden solos. DON JUAN hace a  
CIUTTI una seña para que se retire. Lo hace.)*

*Escena VI*

*DON JUAN y DON LUIS*

D. JUAN.                                *(Buen talante.)* Bien venido,  
caballero.

D. LUIS.                                Bien hallado,  
señor mío.

D. JUAN.                                Sin cuidado  
hablad.

D. LUIS.                                Jamás lo he tenido.

D. JUAN.                                Decid, pues: ¿a qué venís  
a esta hora y con tal afán?

D. LUIS.                                Vengo a mataros, don Juan.



D. JUAN. Según eso, sois don D. Luis.

D. LUIS. No os engañó el corazón,  
y el tiempo no malgastemos,  
don Juan los dos no cabemos  
ya en la tierra.

D. JUAN. En conclusión,  
señor Mejía, ¿es decir,  
que porque os gané la apuesta  
queréis que acabe la fiesta  
con salirnos a batir?

D. LUIS. Estáis puesto en la razón:  
la vida apostado habemos,  
y es fuerza que nos paguemos.

D. JUAN. Soy de la misma opinión.  
Mas ved que os debo advertir  
que sois vos quien la ha perdido.

D. LUIS. Pues por eso os la he traído;  
mas no creo que morir  
deba nunca un caballero  
que lleva en el cinto espada,  
como una res destinada  
por su dueño al matadero.

D. JUAN. Ni yo creo que resquicio  
habréis jamás encontrado  
por donde me hayáis tomado  
por un cortador de oficio.

D. LUIS. De ningún modo; y ya veis  
que, pues os vengo a buscar,  
mucho en vos debo fiar.

D. JUAN. No más de lo que podéis.  
Y por mostraros mejor

mi generosa hidalguía,  
decid si aún puedo, Mejía,  
satisfacer vuestro honor.  
Leal la apuesta os gané;  
mas si tanto os ha escocido,  
mirad si halláis conocido  
remedio, y le aplicaré.

D. LUIS. No hay más que el que os he propuesto,  
don Juan. Me habéis maniatado,  
y habéis la casa asaltado  
usurpándome mi puesto;  
y pues el mío tomasteis  
para triunfar de doña Ana,  
no sois vos, don Juan, quien gana,  
porque por otro jugasteis.

D. JUAN. Ardides del juego son.

D. LUIS. Pues no os los quiero pasar,  
y por ellos a jugar  
vamos ahora el corazón.

D. JUAN. ¿Le arriesgáis, pues, en revancha  
de doña Ana de Pantoja?

D. LUIS. Sí; y lo que tardo me enoja  
en lavar tan fea mancha.  
Don Juan, yo la amaba, sí;  
mas con lo que habéis osado,  
imposible la hais dejado  
para vos y para mí.

D. JUAN. ¿Por qué la apostasteis, pues?

D. LUIS. Porque no pude pensar  
que la pudierais lograr.

Y... vamos, por San Andrés,  
a reñir, que me impaciento.

D. JUAN. Bajemos a la ribera.

D. LUIS. Aquí mismo.

D. JUAN. Necio fuera:  
¿no veis que en este aposento  
prendieran al vencedor?  
Vos traéis una barquilla.

D. LUIS. Sí.

D. JUAN. Pues que lleve a Sevilla  
al que quede.

D. LUIS. Eso es mejor;  
salgamos, pues.

D. JUAN. Esperad.

D. LUIS. ¿Qué sucede?

D. JUAN. Ruido sientto.

D. LUIS. Pues no perdamos momento.

*Escena VII*

*DON JUAN, DON LUIS y CIUTTI*

CIUTTI. Señor, la vida salvad.

D. JUAN. ¿Qué hay, pues?

CIUTTI. El comendador  
que llega con gente armada.

D. JUAN. Déjale franca la entrada,  
pero a él solo.

CIUTTI. Mas, señor...

D. JUAN. Obedéceme. (Vase CIUTTI.)

*Escena VIII*

*DON JUAN y DON LUIS*

D. JUAN. Don Luis,  
pues de mí os habéis fiado  
cuanto dejáis demostrado  
cuando a mí casa venís,  
no dudaré en suplicaros,  
pues mi valor conocéis,  
que un instante me aguardéis.

D. LUIS. Yo nunca puse reparos  
en valor que es tan notorio,  
mas no me fío de vos.

D. JUAN. Ved que las partes son dos  
de la apuesta con Tenorio,  
y que ganadas están.

D. LUIS. ¿Lograsteis a un tiempo...?

D. JUAN. Sí  
la del convento está aquí:  
y pues viene de don Juan  
a reclamarla quien puede,  
cuando me podéis matar  
no debo asunto dejar  
tras mí que pendiente quede.

D. LUIS. Pero mirad que meter  
quien puede el lance impedir  
entre los dos, puede ser...

D. JUAN.                   ¿Qué?

D. LUIS.                   Excusaros de reñir.

D. JUAN.                   ¡Miserable...! De don Juan  
podéis dudar sólo vos:  
mas aquí entrad, ¡vive Dios!  
y no tengáis tanto afán  
por vengaros, que este asunto  
arreglado con ese hombre  
don Luis, yo os juro a mi nombre  
que nos batimos al punto.

D. LUIS.                   Pero...

D. JUAN.                   ¡Con una legión  
de diablos! Entrad aquí;  
que harta nobleza es en mí  
aún daros satisfacción.  
Desde ahí ved y escuchad;  
franca tenéis esa puerta.  
Si veis mi conducta incierta,  
como os acomode obrad.

D. LUIS.                   Me avengo, si muy reacio  
no andáis.

D. JUAN.                   Calculadlo vos  
a placer: mas, ¡vive Dios!,  
que para todo hay espacio.

*(Entra DON LUIS en el cuarto que DON JUAN le señala.)*

Ya suben.

*(DON JUAN escucha.)*

D. GONZALO.           *(Dentro.)*

¿Dónde está?

D. JUAN.                   Él es.

*Escena IX*

*DON JUAN, DON GONZALO*

- D. GONZALO.    ¿Adónde está ese traidor?
- D. JUAN.         Aquí está, comendador.
- D. GONZALO.    ¿De rodillas?
- D. JUAN.                         Y a tus pies.
- D. GONZALO.    Vil eres hasta en tus crímenes.
- D. JUAN.         Anciano, la lengua ten,  
                  y escúchame un solo instante.
- D. GONZALO.    ¿Qué puede en tu lengua haber  
                  que borre lo que tu mano  
                  escribió en este papel?  
                  ¡Ir a sorprender, ¡infame!,  
                  la cándida sencillez  
                  de quien no pudo el veneno  
                  de esas letras precaver!  
                  ¡Derramar en su alma virgen  
                  traidoramente la hiel  
                  en que rebosa la tuya,  
                  seca de virtud y fe!  
                  ¡Proponerse así enlodar  
                  de mis timbres la alta prez,  
                  como si fuera un harapo  
                  que desecha un mercader!  
                  ¿Ése es el valor, Tenorio,  
                  de que blasonas? ¿Ésa es  
                  la proverbial osadía  
                  que te da al vulgo a temer?  
                  ¿Con viejos y con doncellas  
                  la muestras...? Y ¿para qué?

¡Vive Dios!, para venir  
sus plantas así a lamer  
mostrándote a un tiempo ajeno  
de valor y de honradez.

D. JUAN. ¡Comendador!

D. GONZALO. Miserable,  
tú has robado a mí hija Inés  
de su convento, y yo vengo  
por tu vida, o por mi bien.

D. JUAN. Jamás delante de un hombre  
mi alta cerviz incliné,  
ni he suplicado jamás,  
ni a mi padre, ni a mi rey.  
Y pues conservo a tus plantas  
la postura en que me ves,  
considera, don Gonzalo,  
que razón debo tener.

D. GONZALO. Lo que tienes es pavor  
de mi justicia.

D. JUAN. ¡Pardiez!  
Óyeme, comendador,  
o tenerme no sabré,  
y seré quien siempre he sido,  
no queriéndolo ahora ser.

D. GONZALO. ¡Vive Dios!

D. JUAN. Comendador,  
yo idolatro a doña Inés,  
persuadido de que el cielo  
nos la quiso conceder  
para enderezar mis pasos  
por el sendero del bien.

No amé la hermosura en ella,  
ni sus gracias adoré;  
lo que adoro es la virtud,  
don Gonzalo, en doña Inés.  
Lo que justicias ni obispos  
no pudieron de mí hacer  
con cárceles y sermones,  
lo pudo su candidez.  
Su amor me torna en otro hombre,  
regenerando mi ser,  
y ella puede hacer un ángel  
de quien un demonio fue.  
Escucha, pues, don Gonzalo,  
lo que te puede ofrecer  
el audaz don Juan Tenorio  
de rodillas a tus pies.  
Yo seré esclavo de tu hija,  
en tu casa viviré,  
tú gobernarás mi hacienda,  
diciéndome esto ha de ser.  
El tiempo que señalares,  
en reclusión estaré;  
cuantas pruebas exigieres  
de mi audacia o mi altivez,  
del modo que me ordenares  
con sumisión te daré:  
y cuando estime tu juicio  
que la puedo merecer,  
yo la daré un buen esposo  
y ella me dará el Edén.

D. GONZALO. Basta, don Juan; no sé cómo  
me he podido contener,  
oyendo tan, torpes pruebas  
de tu infame avilantez.



Don Juan, tú eres un cobarde  
cuando en la ocasión te ves,  
y no hay bajeza a que no oses  
como te saque con bien.

D. JUAN. ¡Don Gonzalo!

D. GONZALO. Y me avergüenzo  
de mirarte así a mis pies,  
lo que apostabas por fuerza  
suplicando por merced.

D. JUAN. Todo así se satisface,  
don Gonzalo, de una vez.

D. GONZALO. ¡Nunca, nunca! ¿Tú su esposo?  
Primero la mataré.  
¡Ea! Entrégamela al punto,  
o sin poderme valer,  
en esa postura vil  
el pecho te cruzaré.

D. JUAN. Míralo bien, don Gonzalo;  
que vas a hacerme perder  
con ella hasta la esperanza  
de mi salvación tal vez.

D. GONZALO. ¿Y qué tengo yo, don Juan,  
con tu salvación que ver?

D. JUAN. ¡Comendador, que me pierdes!

D. GONZALO. Mi hija.

D. JUAN. Considera bien  
que por cuantos medios pude  
te quise satisfacer;  
y que con armas al cinto  
tus denuestos toleré,



D. GONZALO.    ¡Oh! Ahora comprendo... ¿Sois vos  
                          el que...?

D. LUIS.                        Soy don Luis Mejía,  
                          a quien a tiempo os envía  
                          por vuestra venganza Dios.

D. JUAN.            ¡Basta, pues, de tal suplicio!  
                          Si con hacienda y honor  
                          ni os muestro ni doy valor  
                          a mi franco sacrificio  
                          y la leal solicitud  
                          con que ofrezco cuanto puedo  
                          tomáis, ¡vive Dios!, por miedo  
                          y os mofáis de mi virtud,  
                          os acepto el que me dais  
                          plazo breve y perentorio,  
                          para mostrarme el Tenorio  
                          de cuyo valor dudáis.

D. LUIS.            Sea; y cae a nuestros pies,  
                          digno al menos de esa fama  
                          que por tan bravo te aclama.

D. JUAN.            Y venza el infierno, pues.  
                          Ulloa, pues mi alma así  
                          vuelves a hundir en el vicio,  
                          cuando Dios me llame a juicio,  
                          tú responderás por mí.  
                          (*Le da un pistoletazo.*)

D. GONZALO.    ¡Asesino!                        (*Cae.*)

D. JUAN.                        Y tú, insensato,  
                          que me llamas vil ladrón,  
                          di en prueba de tu razón  
                          que cara a cara te mato.  
                          (*Riñen, y le da una estocada.*)



*Escena XI*

*ALGUACILES, SOLDADOS; luego DOÑA INÉS y BRÍGIDA*

ALGUACIL 1.º El tiro ha sonado aquí.

ALGUACIL 2.º Aún hay humo.

ALGUACIL 1.º ¡Santo Dios!  
Aquí hay un cadáver.

ALGUACIL 2.º Dos.

ALGUACIL 1.º ¿Y el matador?

ALGUACIL 2.º Por allí.

*(Abren el cuarto en que están DOÑA INÉS y BRÍGIDA, y las sacan a la escena; DOÑA INÉS reconoce el cadáver de su padre.)*

ALGUACIL 2.º ¡Dos mujeres!

D.<sup>a</sup> INÉS. ¡Ah, qué horror,  
padre mío!

ALGUACIL 1.º ¡Es su hija!

BRÍGIDA. Sí.

D.<sup>a</sup> INÉS. ¡Ay! ¿Dó estás, don Juan, que aquí  
me olvidas en tal dolor?

ALGUACIL 1.º Él le asesinó.

D.<sup>a</sup> INÉS. ¡Dios mío!  
¿Me guardabas esto más?

ALGUACIL 2.º Por aquí ese Satanás  
se arrojó, sin duda, al río.

José Zorrilla

---

ALGUACIL 1.º    Miradlos..., a bordo están  
del bergantín calabrés.

TODOS.            ¡Justicia por doña Inés!

D.<sup>a</sup> INÉS.        Pero no contra don Juan.  
*(Cayendo de rodillas.)*

## Parte segunda

### *Acto primero*

La sombra de doña Inés DON JUAN, EL CAPITÁN CENTELLAS, DON RAFAEL DE AVELLANEDA, UN ESCULTOR y LA SOMBRA DE DOÑA INÉS

*Panteón de la familia TENORIO. El teatro representa un magnífico cementerio, hermo­seado a manera de jardín. En primer término, aislados y de bulto, los sepulcros de DON GONZALO ULLOA, de DOÑA INÉS y de DON LUIS MEJÍA, sobre los cuales se ven sus estatuas de piedra. El sepulcro de DON GONZALO a la derecha, y su estatua de rodillas; el de DON LUIS a la izquierda, y su estatua también de rodillas; el de DOÑA INÉS en el centro, y su estatua de pie. En segundo término otros dos sepulcros en la forma que convenga; y en el tercer término y en puesto elevado, el sepulcro y estatua del fundador, DON DIEGO TENORIO, en cuya figura remata la perspectiva de los sepulcros. Una pared llena de nichos y lápidas circuye el cuadro hasta el horizonte. Dos florones a cada lado de la tumba de DOÑA INÉS, dispuestos a servir de la manera que a su tiempo exige el juego escénico. Cipreses y flores de todas clases embellecen la decoración, que no debe tener nada de horrible. La acción se supone en una tranquila noche de verano, y alumbrada por una clarísima luna*

*Escena I*

*EL ESCULTOR, disponiéndose a marchar*

ESCULTOR.        Pues, señor, es cosa hecha  
                         el alma del buen don Diego  
                         puede, a mi ver, con sosiego  
                         reposar muy satisfecha.  
                         La obra está rematada  
                         con cuanta suntuosidad  
                         su postrera voluntad  
                         dejó al mundo encomendada.  
                         Y ya quisieran, ¡pardiez!,  
                         todos los ricos que mueren  
                         que su voluntad cumplieren  
                         los vivos, como esta vez.  
                         Mas ya de marcharme es hora:  
                         todo corriente lo dejo,  
                         y de Sevilla me alejo  
                         al despuntar de la aurora.  
                         ¡Ah! Mármoles que mis manos  
                         pulieron con tanto afán,  
                         mañana os contemplarán  
                         los absortos sevillanos;  
                         y al mirar de este panteón  
                         las gigantes proporciones,  
                         tendrán las generaciones  
                         la nuestra en veneración.  
                         Mas yendo y viniendo días,  
                         se hundirán unas tras otras,  
                         mientras en pie estaréis vosotras,  
                         póstumas memorias mías.  
                         ¡Oh! frutos de mis desvelos,  
                         peñas a quien yo animé



y por quienes arrostré  
la intemperie de los cielos;  
el que forma y ser os dio,  
va ya a perderos de vista;  
¡velad mi gloria de artista,  
pues viviréis más que yo!  
Mas ¿quién llega?

*Escena II*

*EL ESCULTOR y DON JUAN, que entra embozado*

ESCULTOR. Caballero....

D. JUAN. Dios le guarde.

ESCULTOR. Perdonad,  
mas ya es tarde, y...

D. JUAN. Aguardad  
un instante, porque quiero  
que me expliquéis...

ESCULTOR. ¿Por acaso  
sois forastero?

D. JUAN. Años ha  
que falto de España ya,  
y me chocó el ver al paso,  
cuando a esas verjas llegué,  
que encontraba este recinto  
enteramente distinto  
de cuando yo le dejé.

ESCULTOR. Yo lo creo; como que esto  
era entonces un palacio  
y hoy es panteón el espacio  
donde aquél estuvo puesto.

José Zorrilla

---

- D. JUAN. ¡El palacio hecho panteón!
- ESCULTOR. Tal fue de su antiguo dueño  
la voluntad, y fue empeño  
que dio al mundo admiración.
- D. JUAN. ¡Y, por Dios, que es de admirar!
- ESCULTOR. Es una famosa historia,  
a la cual debo mi gloria.
- D. JUAN. ¿Me la podréis relatar?
- ESCULTOR. Sí; aunque muy sucintamente,  
pues me aguardan.
- D. JUAN. Sea.
- ESCULTOR. Oíd  
la verdad pura.
- D. JUAN. Decid,  
que me tenéis impaciente.
- ESCULTOR. Pues habitó esta ciudad  
y este palacio heredado,  
un varón muy estimado  
por su noble calidad.
- D. JUAN. Don Diego Tenorio.
- ESCULTOR. El mismo.  
Tuvo un hijo este don Diego  
peor mil veces que el fuego,  
un aborto del abismo.  
Un mozo sangriento y cruel,  
que con tierra y cielo en guerra,  
dicen que nada en la tierra  
fue respetado por él.  
Quimerista, seductor  
y jugador con ventura,

no hubo para él segura  
vida, ni hacienda, ni honor.  
Así le pinta la historia,  
y si tal era, por cierto  
que obró cuerdamente el muerto  
para ganarse la gloria.

D. JUAN. Pues ¿cómo obró?

ESCULTOR. Dejó entera  
su hacienda al que la empleara  
en un panteón que asombrara  
a la gente venidera.  
Mas con condición, que dijo  
que se enterraran en él  
los que a la mano cruel  
sucumbieron de su hijo.  
Y mirad en derredor  
los sepulcros de los más  
de ellos.

D. JUAN. ¿Y vos sois quizás,  
el conserje?

ESCULTOR. El Escultor  
de estas obras encargado.

D. JUAN. ¡Ah! ¿Y las habéis concluido?

ESCULTOR. Ha un mes; mas me he detenido  
hasta ver ese enverjado  
colocado en su lugar;  
pues he querido impedir  
que pueda el vulgo venir  
este sitio a profanar.

- JUAN *(Mirando.)*  
¡Bien empleó sus riquezas  
el difunto!
- ESULTOR. ¡Ya lo creo!  
Miradle allí.
- D. JUAN. Ya le veo.
- ESULTOR. ¿Le conocisteis?
- D. JUAN. Sí.
- ESULTOR. Piezas  
son todas muy parecidas  
y a conciencia trabajadas.
- D. JUAN. ¡Cierto que son extremadas!
- ESULTOR. ¿Os han sido conocidas  
las personas?
- D. JUAN. Todas ellas.
- ESULTOR. ¿Y os parecen bien?
- D. JUAN. Sin duda,  
según lo que a ver me ayuda  
el fulgor de las estrellas.
- ESULTOR. ¡Oh! Se ven como de día  
con esta luna tan clara.  
Ésta es mármol de Carrara.  
*(Señalando a la de DON LUIS.)*
- D. JUAN. ¡Buen busto es el de Mejía!  
*(Contempla las estatuas unas tras otras.)*  
¡Hola! Aquí el comendador  
se representa muy bien.

- ESCULTOR. Yo quise poner también  
la estatua del matador  
entre sus víctimas, pero  
no pude a manos haber  
su retrato... Un Lucifer  
dicen que era el caballero  
don Juan Tenorio.
- D. JUAN. ¡Muy malo!  
Mas como pudiera hablar,  
le había algo de abonar  
la estatua de don Gonzalo.
- ESCULTOR. ¿También habéis conocido  
a don Juan?
- D. JUAN. Mucho.
- ESCULTOR. Don Diego  
le abandonó desde luego  
desheredándole.
- D. JUAN. Ha sido  
para don Juan poco daño  
ése, porque la fortuna  
va tras él desde la cuna.
- ESCULTOR. Dicen que ha muerto.
- D. JUAN. Es engaño:  
vive.
- ESCULTOR. ¿Y dónde?
- D. JUAN. Aquí, en Sevilla.
- ESCULTOR. ¿Y no teme que el furor  
popular...?
- D. JUAN. En su valor  
no ha echado el miedo semilla.

- ESCULTOR. Mas cuando vea el lugar  
en que está ya convertido  
el solar que suyo ha sido,  
no osara en Sevilla estar.
- D. JUAN. Antes ver tendrá a fortuna  
en su casa reunidas  
personas de él conocidas,  
puesto que no odia a ninguna.
- ESCULTOR. ¿Creéis que ose aquí venir?
- D. JUAN. ¿Por qué no? Pienso, a mi ver,  
que donde vino a nacer  
justo es que venga a morir.  
Y pues le quitan su herencia  
para enterrar a éstos bien,  
a él es muy justo también  
que le entierren con decencia.
- ESCULTOR. Sólo a él le está prohibida  
en este panteón la entrada.
- D. JUAN. Trae don Juan muy buena espada,  
y no sé quién se lo impida.
- ESCULTOR. ¡Jesús! ¡Tal profanación!
- D. JUAN. Hombre es don Juan que, a querer,  
volverá el palacio a hacer  
encima del panteón.
- ESCULTOR. ¿Tan audaz ese hombre es  
que aun a los muertos se atreve?
- D. JUAN. ¿Qué respetos gastar debe  
con los que tendió a sus pies?
- ESCULTOR. ¿Pero no tiene conciencia  
ni alma ese hombre?

- D. JUAN. Tal vez no,  
que al cielo una vez llamó  
con voces de penitencia,  
y el cielo, en trance tan fuerte,  
allí mismo le metió,  
que a dos inocentes dio,  
para salvarse, la muerte.
- ESCULTOR. ¡Qué monstruo, supremo Dios!
- D. JUAN. Podéis estar convencido  
de que Dios no le ha querido.
- ESCULTOR. Tal será.
- D. JUAN. Mejor que vos.
- ESCULTOR. (¿Y quién será el que a don Juan  
abona con tanto brío?)  
Caballero, a pesar mío,  
como aguardándome están...
- D. JUAN. Idos, pues, enhorabuena.
- ESCULTOR. He de cerrar.
- D. JUAN. No cerréis  
y marchaos.
- ESCULTOR. ¿Mas no veis...?
- D. JUAN. Veo una noche serena  
y un lugar que me acomoda  
para gozar su frescura,  
y aquí he de estar a mí holgura,  
si pesa a Sevilla toda.
- ESCULTOR. (¿Si acaso padecerá  
de locura desvaríos?)

- D. JUAN. *(Dirigiéndose a las estatuas.)*  
Ya estoy aquí, amigos míos.
- ESCULTOR. ¿No lo dije? Loco está.
- D. JUAN. Mas, ¡cielos, qué es lo que veo!  
O es ilusión de mi vista,  
o a doña Inés el artista  
aquí representa, creo.
- ESCULTOR. Sin duda.
- D. JUAN. ¿También murió?
- ESCULTOR. Dicen que de sentimiento  
cuando de nuevo al convento  
abandonada volvió  
por don Juan.
- D. JUAN. ¿Y yace aquí?
- ESCULTOR. Sí.
- D. JUAN. ¿La visteis muerta vos?
- ESCULTOR. Sí.
- D. JUAN. ¿Cómo estaba?
- ESCULTOR. ¡Por Dios,  
que dormida la creí!  
La muerte fue tan piadosa  
con su cándida hermosura,  
que la envió con la frescura  
y las tintas de la rosa.
- D. JUAN. ¡Ah! Mal la muerte podría  
deshacer con torpe mano  
el semblante soberano  
que un ángel envidiaría.  
¡Cuán bella y cuán parecida



su efigie en el mármol es!  
¡Quién pudiera, doña Inés,  
volver a darte la vida!  
¿Es obra del cincel vuestro?

ESCULTOR. Como todas las demás.

D. JUAN. Pues bien merece algo más  
un retrato tan maestro.  
Tomad.

ESCULTOR. ¿Qué me dais aquí?

D. JUAN. ¿No lo veis?

ESCULTOR. Mas...,caballero...,  
¿por qué razón...?

D. JUAN. Porque quiero  
yo que os acordéis de mí.

ESCULTOR. Mirad que están bien pagadas.

D. JUAN. Así lo estarán mejor.

ESCULTOR. Mas vamos de aquí, señor,  
que aún las llaves entregadas  
no están, y al salir la aurora  
tengo que partir de aquí.

D. JUAN. Entregádmelas a mí,  
y marchaos desde ahora.

ESCULTOR. ¿A vos?

D. JUAN. A mí ¿Qué dudáis?

ESCULTOR. Como no tengo el honor...

D. JUAN. Ea, acabad, escultor.

ESCULTOR. Si el nombre al menos que usáis  
supiera...



en infames aventuras  
desatinado perdí!  
¡Cuántas, al mismo fulgor  
de esa luna transparente,  
arranqué a algún inocente  
la existencia o el honor!  
Sí, después de tantos años  
cuyos recuerdos me espantan,  
siento que en mí se levantan  
pensamientos en mí extraños.  
¡Oh! Acaso me los inspira  
desde el cielo, en donde mora,  
esa sombra protectora  
que por mi mal no respira.

*(Se dirige a la estatua de DOÑA INÉS, hablándola con respeto.)*

Mármol en quien doña Inés  
en cuerpo sin alma existe,  
deja que el alma de un triste  
llore un momento a tus pies.  
De azares mil a través  
conservé tu imagen pura,  
y pues la mala ventura  
te asesinó de don Juan,  
contempla con cuánto afán  
vendrá hoy a tu sepultura.  
En ti nada más pensó  
desde que se fue de ti;  
y desde que huyó de aquí,  
sólo en volver meditó.  
Don Juan tan sólo esperó  
de doña Inés su ventura,  
y hoy, que en pos de su hermosura  
vuelve el infeliz don Juan,  
mira cuál será su afán

al dar con tu sepultura.  
Inocente doña Inés,  
cuya hermosa juventud  
encerró en el ataúd  
quien llorando está a tus pies;  
si de esa piedra a través  
puedes mirar la amargura  
del alma que tu hermosura  
adoró con tanto afán,  
prepara un lado a don Juan  
en tu misma sepultura.  
Dios te crió por mi bien,  
por ti pensé en la virtud,  
adoré su excelsitud,  
y anhelé su santo Edén.  
Sí; aún hoy mismo en ti también  
mi esperanza se asegura,  
que oigo una voz que murmura  
en derredor de don Juan  
palabras con que su afán  
se calma en tu sepultura.  
¡Oh, doña Inés de mi vida!  
Si esa voz con quien deliro  
es el postrimer suspiro  
de tu eterna despedida;  
si es que de ti desprendida  
llega esa voz a la altura,  
y hay un Dios tras esa anchura  
por donde los astros van,  
dile que mire a don Juan  
llorando en tu sepultura.

*(Se apoya en el sepulcro, ocultando el rostro; y mientras se conserva en esta postura, un vapor que se levanta del sepulcro oculta la estatua de DOÑA INÉS. Cuando el vapor se desvanece,*

*la estatua ha desaparecido. DON JUAN sale, de su enajenamiento.)*

Este mármol sepulcral  
adormece mi vigor,  
y sentir creo en redor  
un ser sobrenatural.  
Mas... ¡cielos! ¡El pedestal  
no mantiene su escultura!  
¿Qué es esto? ¿Aquella figura  
fue creación de mi afán?

*Escena IV*

*(El llorón y las flores de la izquierda del sepulcro de DOÑA INÉS se cambian en una apariencia, dejando ver dentro de ella, y en medio de resplandores, la sombra de DOÑA INÉS.)*

*DON JUAN y LA SOMBRA DE DOÑA INÉS*

SOMBRA. No; mi espíritu, don Juan,  
te aguardó en mi sepultura.

D. JUAN. *(De rodillas.)*  
¡Doña Inés! Sombra querida,  
alma de mi corazón,  
¡no me quites la razón  
si me has de dejar la vida!  
Si eres imagen fingida,  
sólo hija de mi locura,  
no aumentes mi desventura  
burlando mi loco afán.

SOMBRA. Yo soy doña Inés, don Juan,  
que te oyó en su sepultura.

D. JUAN.           ¿Conque vives?

SOMBRA.                        Para ti;  
Mas tengo mi purgatorio  
en ese mármol mortuorio  
que labraron para mí.  
Yo a Dios mi alma ofrecí  
en precio de tu alma impura,  
y Dios, al ver la ternura  
con que te amaba mi afán,  
me dijo «Espera a don Juan  
en tu misma sepultura.  
Y pues quieres ser tan fiel  
a un amor de Satanás,  
con don Juan te salvarás,  
o te perderás con él.  
Por él vela: mas si cruel  
te desprecia tu ternura,  
y en su torpeza y locura  
sigue con bárbaro afán,  
llévese tu alma don Juan  
de tu misma sepultura.»

D. JUAN.           *(Fascinado.)*  
¡Yo estoy soñando quizás  
con las sombras de un Edén!

SOMBRA.           No y ve que si piensas bien,  
a tu lado me tendrás;  
mas si obras mal, causarás  
nuestra eterna desventura.  
Y medita con cordura  
que es esta noche, don Juan,  
el espacio que nos dan  
para buscar sepultura.  
Adiós, pues; y en la ardua lucha

en que va a entrar tu existencia,  
de tu dormida conciencia  
la voz que va alzarse escucha;  
porque es de importancia mucha  
meditar con sumo tiento  
la elección de aquel momento  
que, sin poder evadirnos,  
al mal o al bien ha de abrirnos  
la losa del monumento.

*(Ciérrase la apariencia; desaparece DOÑA INÉS, y todo queda como al principio del acto, menos la estatua de DOÑA INÉS que no vuelve a su lugar. DON JUAN queda atónito.)*

*Escena V*

*DON JUAN*

D. JUAN.           ¡Cielos! ¿Qué es lo que escuché?  
¡Hasta los muertos así  
dejan sus tumbas por mí!  
Mas sombra, delirio fue.  
Yo en mi mente la forjé;  
la imaginación le dio  
la forma en que se mostró,  
y ciego vine a creer  
en la realidad de un ser  
que mi mente fabricó.  
Mas nunca de modo tal  
fanatizó mi razón  
mi loca imaginación  
con su poder ideal.  
Sí, algo sobrenatural  
vi en aquella doña Inés

tan vaporosa, a través  
aun de esa enramada espesa;  
mas... ¡bah! circunstancia es ésa  
que propia de sombras es.  
¿Qué más diáfano y sutil  
que las quimeras de un sueño?  
¿Dónde hay nada más risueño,  
más flexible y más gentil?  
¿Y no pasa veces mil  
que, en febril exaltación,  
ve nuestra imaginación  
como ser y realidad  
la vacía vanidad  
de una anhelada ilusión?  
¡Sí, por Dios, delirio fue!  
Mas su estatua estaba aquí.  
Sí, yo la vi y la toqué,  
y aun en albricias le di  
al escultor no se qué.  
¡Y ahora sólo el pedestal  
veo en la urna funeral!  
¡Cielos! La mente me falta,  
o de improviso me asalta  
algún vértigo infernal.  
¿Qué dijo aquella visión?  
¡Oh! Yo la oí claramente,  
y su voz triste y doliente  
resonó en mi corazón.  
¡Ah! ¡Y breves las horas son  
del plazo que nos augura!  
No, no ¡de mi calentura  
delirio insensato es!  
Mi fiebre fue a doña Inés  
quien abrió la sepultura.  
¡Pasad y desvaneced;



pasad, siniestros vapores  
de mis perdidos amores  
y mis fallidos deseos!  
¡Pasad, vanos devaneos  
de un amor muerto al nacer;  
no me volváis a traer  
entre vuestro torbellino,  
ese fantasma divino  
que recuerda una mujer!  
¡Ah! ¡Estos sueños me aniquilan,  
mi cerebro se enloquece...  
y esos mármoles parece  
que estremecidos vacilan!

*(Las estatuas se mueven lentamente y vuelven la cabeza hacia él.)*

Sí, sí; ¡sus bustos oscilan,  
su vago contorno medra...!  
Pero don Juan no se arredra  
¡alzaos, fantasmas vanos,  
y os volveré con mis manos  
a vuestros lechos de piedra!  
No, no me causan pavor  
vuestros semblantes esquivos;  
jamás, ni muertos ni vivos,  
humillaréis mi valor.  
Yo soy vuestro matador  
como al mundo es bien notorio;  
si en vuestro alcázar mortuorio  
me aprestáis venganza fiera,  
daos prisa; aquí os espera  
otra vez don Juan Tenorio.

*Escena VI*

*DON JUAN, EL CAPITÁN CENTELLAS y AVELLANEDA*

CENTELLAS. (*Dentro.*)

¿Don Juan Tenorio?

D. JUAN. (*Volviendo en sí.*)

¿Qué es eso?

¿Quién me repite mi nombre?

AVELLANEDA. (*Saliendo.*)

¿Veis a alguien? (*A CENTELLAS.*)

CENTELLAS. (*Ídem.*)

Sí, allí hay un hombre.

D. JUAN. ¿Quién va?

AVELLANEDA. Él es.

CENTELLAS. (*Yéndose a DON JUAN.*)

Yo pierdo el seso  
con la alegría. ¡Don Juan!

AVELLANEDA. Señor Tenorio!

D. JUAN. ¡Apartaos,  
vanas sombras!

CENTELLAS. Reportaos,  
señor don Juan... Los que están  
en vuestra presencia ahora,  
no son sombras, hombres son,  
y hombres cuyo corazón  
vuestra amistad atesora.  
A la luz de las estrellas



que a mí acercado a no haberos pronto...

CENTELLAS.                    ¡Ja!, ¡ja!, ¡ja! ¿Os arredra, don Juan, como a los villanos el temor de los difuntos?

D. JUAN.                    No a fe; contra todos juntos tengo aliento y tengo manos. Si volvieran a salir de las tumbas en que están, a las manos de don Juan volverían a morir. Y desde aquí en adelante sabed, señor capitán, que yo soy siempre don Juan, y no hay cosa que me espante. Un vapor calenturiento un punto me fascinó, Centellas, mas ya pasó cualquiera duda un momento.

AVELLANEDA.

CENTELLAS.                Es verdad.

D. JUAN.                    Vamos de aquí.

CENTELLAS.                Vamos, y nos contaréis cómo a Sevilla volvéis tercera vez.

D. JUAN.                    Lo haré así, si mi historia os interesa y a fe que oírse merece, aunque mejor me parece que la oigáis de sobremesa. ¿No opináis...?



Por mí, pues, no ha de quedar  
y a poder ser, estad ciertos  
que cenaréis con los muertos,  
y os los voy a convidar.

AVELLANEDA. Dejaos de esas quimeras.

D. JUAN. ¿Duda en mi valor ponerme,  
cuando hombre soy para hacerme  
platos de sus calaveras?  
Yo, a nada tengo pavor.

*(Dirigiéndose a la estatua de DON GONZALO, que es la que  
tiene más cerca.)*

Tú eres el más ofendido;  
mas si quieres, te convido  
a cenar comendador.  
Que no lo puedas hacer  
creo, y es lo que me pesa;  
mas, por mi parte, en la mesa  
te haré un cubierto poner.  
Y a fe que favor me harás,  
pues podré saber de ti  
si hay más mundo que el de aquí,  
y otra vida, en que jamás,  
a decir verdad, creí.

CENTELLAS. Don Juan, eso no es valor;  
locura, delirio es.

D. JUAN. Como lo juzguéis mejor:  
yo cumplo así. Vamos, pues.  
Lo dicho, comendador.

## *Acto segundo*

La estatua de DON GONZALO

DON JUAN, CENTELLAS, AVELLANEDA, CIUTTI, LA  
SOMBRA DE DOÑA INÉS y LA ESTATUA DE DON  
GONZALO

*Aposento de DON JUAN TENORIO.-Dos puertas en el fondo a derecha e izquierda, preparadas para el juego escénico del acto.*

*Otra puerta en el bastidor que cierra la decoración por la izquierda. Ventana en el de la derecha. Al alzarse el telón están sentados a la mesa DON JUAN, CENTELLAS y AVELLANEDA. La mesa ricamente servida: el mantel cogido con guirnaldas de flores, etc. En frente del espectador, DON JUAN, y a su izquierda AVELLANEDA; en el lado izquierdo de la mesa, CENTELLAS, y en el de enfrente de éste, una silla y un cubierto desocupados.*

### *Escena I*

*DON JUAN, EL CAPITÁN CENTELLAS, AVELLANEDA,  
CIUTTI y UN PAJE*

D. JUAN. Tal es mi historia, señores  
pagado de mi valor,  
quiso el mismo emperador  
dispensarme sus favores.  
Y aunque oyó mi historia entera,  
dijo «Hombre de tanto brío  
merece el amparo mío;

vuelva a España cuando quiera.»  
Y heme aquí en Sevilla ya.

CENTELLAS. ¡Y con qué lujo y riqueza!

D. JUAN. Siempre vive con grandeza  
quien hecho a grandeza está.

CENTELLAS. A vuestra vuelta.

D. JUAN. Bebamos.

CENTELLAS. Lo que no acierto a creer  
es cómo, llegando ayer,  
ya establecido os hallamos.

D. JUAN. Fue el adquirirme, señores,  
tal casa con tal boato,  
porque se vendió a barato  
para pago de acreedores.  
Y como al llegar aquí  
desheredado me hallé,  
tal como está la compré.

CENTELLAS. ¿Amueblada y todo?

D. JUAN. Sí.  
Un necio que se arruinó  
por una mujer vendiéndola.

CENTELLAS. ¿Y vendió la hacienda sola?

D. JUAN. Y el alma al diablo.

CENTELLAS. ¿Murió?

D. JUAN. De repente: y la justicia,  
que iba a hacer de cualquier modo  
pronto despacho de todo,  
viendo que yo su codicia  
saciaba, pues los dineros



ofrecía dar al punto,  
cedióme el caudal por junto  
y estafó a los usureros.

CENTELLAS. Y la mujer, ¿qué fue de ella?

D. JUAN. Un escribano la pista  
la siguió, pero fue lista  
y escapó.

CENTELLAS. ¿Moza?

D. JUAN. Y muy bella.

CENTELLAS. Entrar hubiera debido  
en los muebles de la casa.

D. JUAN. Don Juan Tenorio no pasa  
moneda que se ha perdido.  
Casa y bodega he comprado,  
dos cosas que, no os asombre,  
pueden bien hacer a un hombre  
vivir siempre acompañado;  
como lo puede mostrar  
vuestra agradable presencia,  
que espero que con frecuencia  
me hagáis ambos disfrutar.

CENTELLAS. Y nos haréis honra inmensa.

D. JUAN. Y a mí vos. ¡Ciutti!

CIUTTI. ¿Señor?

D. JUAN. Pon vino al Comendador.  
(*Señalando el vaso del puesto vacío.*)

AVELLANEDA. Don Juan, ¿aún en eso piensa  
vuestra locura?



Y brindo a Dios que te dé  
la gloria Comendador.

*(Mientras beben se oye lejos un aldabonazo, que se supone dado  
en la puerta de la calle.)*

Mas ¿llamaron?

CIUTTI. Sí, señor.

D. JUAN. Ve quién.

CIUTTI. (Asomando por la ventana.)

A nadie se ve.  
¿Quién va allá? Nadie responde,

CENTELLAS. Algún chusco.

AVELLANEDA. Algún menguado  
que al pasar habrá llamado  
sin mirar siquiera dónde.

D. JUAN. (A CIUTTI.)  
Pues cierra y sirve licor.  
(Llaman otra vez más recio.)  
Mas ¿llamaron otra vez?

CIUTTI. Sí.

D. JUAN. Vuelve a mirar.

CIUTTI. ¡Pardiez!  
A nadie veo, señor.

D. JUAN. ¡Pues, por Dios, que del bromazo  
quien es no se ha de alabar!  
Ciutti, si vuelve a llamar  
suéltale un pistoletazo.

*(Llaman otra vez, y se oye un poco mas cerca.)*





- CENTELLAS. Confieso  
que en tanto que no di en eso,  
tuve un poco de aprensión.
- D. JUAN. ¿Declaráis, pues, vuestro enredo?
- AVELLANEDA. Por mi parte, nada sé.
- CENTELLAS. Ni yo.
- D. JUAN. Pues yo volveré  
contra el inventor el miedo.  
Mas sigamos con la cena;  
vuelva cada uno a su puesto,  
que luego sabremos de esto.
- AVELLANEDA. Tenéis razón.
- D. JUAN. (*Sirviendo a CENTELLAS.*)  
Cariñena  
sé que os gusta, capitán.
- CENTELLAS. Como que somos paisanos.
- D. JUAN. (*A AVELLANEDA, sirviéndole de otra botella.*)  
Jerez a los sevillanos,  
don Rafael.
- AVELLANEDA. Habéis, don Juan,  
dado a entrambos por el gusto;  
¿mas con cuál brindaréis vos?
- D. JUAN. Yo haré justicia a los dos.
- CENTELLAS. Vos siempre estáis en lo justo.
- D. JUAN. Sí, a fe; bebamos.
- AVELLANEDA.
- CENTELLAS. Bebamos.

*(Llaman a la misma puerta de la escena, fondo derecha.)*

D. JUAN. Pesada me es ya la broma,  
mas veremos quién asoma  
mientras en la mesa estamos.

*(A CIUTTI, que se manifiesta asombrado.)*

¿Y qué haces tú ahí, bergante?  
¡Listo! Trae otro manjar: *(Vase CIUTTI.)*  
mas me ocurre en este instante  
que nos podemos mofar  
de los de afuera, invitándoles  
a probar su sutileza,  
entrándose hasta esta pieza  
y sus puertas no franqueándoles.

AVELLANEDA. Bien dicho.

CENTELLAS. Idea brillante,  
*(Llaman fuerte, fondo derecha.)*

D. JUAN. ¡Señores! ¿A qué llamar?  
Los muertos se han de filtrar  
por la pared; adelante.

*(La estatua de DON GONZALO pasa por la puerta sin abrirla, y  
sin hacer ruido.)*

*Escena II*

*DON JUAN, CENTELLAS, AVELLANEDA y LA ESTATUA DE  
DON GONZALO*

CENTELLAS.        ¡Jesús!

AVELLANEDA.                ¡Dios mío!

D. JUAN.                                ¡Qué es esto!

AVELLANEDA. Yo desfallezco.        (*Cae desvanecido.*)

CENTELLAS.                        Yo expiro.        (*Cae lo mismo.*)

D. JUAN.        ¡Es realidad, o deliro!  
Es su figura..., su gesto.

ESTATUA.        ¿Por qué te causa pavor  
quien convidado a tu mesa  
viene por ti?

D. JUAN.                        ¡Dios! ¿No es ésa  
la voz del comendador?

ESTATUA.        Siempre supuse que aquí  
no me habías de esperar.

D. JUAN.        Mientes, porque hice arrimar  
esa silla para ti.  
Llega, pues, para que veas  
que aunque dudé en un extremo  
de sorpresa, no te temo,  
aunque el mismo Ulloa seas.

ESTATUA.        ¿Aún lo dudas?

D. JUAN.                                No lo sé.



ESTATUA. Pon, si quieres, hombre impío,  
tu mano en el mármol frío  
de mi estatua.

D. JUAN. ¿Para qué?  
Me basta oírlo de ti:  
cenemos, pues; mas te advierto...

ESTATUA. ¿Qué?

D. JUAN. Que si no eres el muerto,  
no vas a salir de aquí.  
¡Eh! Alzad. (A *CENTELLAS* y *AVELLANEDA*.)

ESTATUA. No pienses, no,  
que se levanten, don Juan;  
porque en sí no volverán  
hasta que me ausente yo.  
Que la divina clemencia  
del Señor para contigo,  
no requiere más testigo  
que tu juicio y tu conciencia.  
Al sacrílego convite  
que me has hecho en el panteón,  
para alumbrar tu razón  
Dios asistir me permite.  
Y heme que vengo en su nombre  
a enseñarte la verdad;  
y es: que hay una eternidad  
tras de la vida del hombre.  
Que numerados están  
los días que has de vivir,  
y que tienes que morir  
mañana mismo, don Juan.  
Mas como esto que a tus ojos  
está pasando, supones  
ser del alma aberraciones



¡Imposible! Ilusión es.  
Acaso su antiguo dueño  
mis cubas envenenó,  
y el licor tan vano ensueño  
en mi mente levantó.  
¡Mas si éstas que sombras creo  
espíritus reales son,  
que por celestial empleo  
llaman a mi corazón!,  
entonces, para que iguale  
su penitencia don Juan  
con sus delitos, ¿qué vale  
el plazo ruin que le dan?  
¡Dios me da tan sólo un día...!  
Si fuese Dios en verdad,  
a más distancia pondría  
su aviso y mi eternidad.  
«Piensa bien que al lado tuyo  
me tendrás...», dijo de Inés  
la sombra, y si bien arguyo,  
pues no la veo, sueño es.

*(Trasparéntase en la pared la sombra de DOÑA INÉS.)*

*Escena IV*

*DON JUAN, LA SOMBRA DE DOÑA INÉS; CENTELLAS y  
AVELLANEDA, dormidos*

SOMBRA.           Aquí estoy.

D. JUAN.            Cielos!

SOMBRA.                    Medita  
                          lo que al buen comendador

has oído, y ten valor  
para acudir a su cita.  
Un punto se necesita  
para morir con ventura;  
elígele con cordura,  
porque mañana, don Juan,  
nuestros cuerpos dormirán  
en la misma sepultura.

*(Desaparece LA SOMBRA.)*

*Escena V*

*DON JUAN, CENTELLAS y AVELLANEDA*

D. JUAN.           Tente, doña Inés, espera;  
y si me amas en verdad,  
hazme al fin la realidad  
distinguir de la quimera.  
Alguna más duradera  
señal dame que segura  
me pruebe que no es locura  
lo que imagina mi afán,  
para que baje don Juan  
tranquilo a la sepultura.  
Mas ya me irrita, por Dios,  
el verme siempre burlado,  
corriendo desatentado  
siempre de sombras en pos.  
¡Oh! Tal vez todo esto ha sido  
por estos dos preparado,  
y mientras se ha ejecutado,  
su privación han fingido.  
Mas, por Dios, que si es así,

se han de acordar de D. Juan.  
¡Eh!, don Rafael, capitán.  
Ya basta alzaos de ahí.

*(DON JUAN mueve a CENTELLAS y a AVELLANEDA, que se levantan como quien vuelve de un profundo sueño.)*

CENTELLAS.       ¿Quién va?

D. JUAN.           Levantad.

AVELLANEDA.       ¿Qué pasa?  
¡Hola, sois vos!

CENTELLAS.                 ¿Dónde estamos?

D. JUAN.           Caballeros, claros vamos.  
Yo os he traído a mi casa,  
y temo que a ella al venir,  
con artificio apostado  
habéis, sin duda, pensado,  
a costa mía reír:  
mas basta ya de ficción,  
y concluid de una vez.

CENTELLAS.       Yo no os entiendo.

AVELLANEDA.                 ¡Pardiez!  
Tampoco yo.

D. JUAN.           En conclusión,  
¿nada habéis visto ni oído?

CENTELLAS.

AVELLANEDA.       ¿De qué?

D. JUAN.           No finjáis ya más.

CENTELLAS.       Yo no he fingido jamás,  
señor don Juan.



D. JUAN. ¡Centellas!

CENTELLAS. Vuestro valor  
al extremo por mostrar,  
convidasteis a cenar  
con vos al comendador.  
Y para poder decir  
que a vuestro convite exótico  
asistió, con un narcótico  
nos habéis hecho dormir.  
Si es broma, puede pasar;  
mas a ese extremo llevada,  
ni puede probarnos nada,  
ni os la hemos de tolerar.

AVELLANEDA. Soy de la misma opinión.

D. JUAN. ¡Mentís!

CENTELLAS. Vos.

D. JUAN. Vos, capitán.

CENTELLAS. Esa palabra, don Juan...

D. JUAN. La he dicho de corazón.  
Mentís; no son a mis bríos  
menester falsos portentos,  
porque tienen mis alientos  
su mejor prueba en ser míos.

AVELLANEDA.

CENTELLAS. Veamos. (*Ponen mano a las espadas.*)

D. JUAN. Poned a tasa  
vuestra furia, y vamos fuera,  
no piense después cualquiera  
que os asesiné en mi casa.

AVELLANEDA. Decís bien..., mas somos dos.





*Acto tercero*

Misericordia de Dios, y apoteosis del  
A m o r

DON JUAN, LA ESTATUA DE DON GONZALO y DOÑA  
INÉS

Sombras, estatuas, espectros, ángeles.

*Panteón de la familia TENORIO.-Como estaba en el acto primero  
de la Segunda Parte, menos las estatuas de DOÑA INÉS y de  
DON GONZALO, que no están en su lugar*

*Escena I*

*DON JUAN, embozado y distraído, entra en la escena  
lentamente*

D. JUAN.            Culpa mía no fue; delirio insano  
                         me enajenó la mente acalorada.  
                         Necesitaba víctimas mi mano  
                         que inmolar a mi fe desesperada,  
                         y al verlos en mitad de mi camino,  
                         presa les hice allí de mi locura.  
                         ¡No fui yo, vive Dios!, ¡fue su destino!  
                         Sabían mi destreza y mi ventura.  
                         ¡Oh! Arrebatado el corazón me siento  
                         por vértigo infernal.... mi alma perdida  
                         va cruzando el desierto de la vida  
                         cual hoja seca que arrebatara el viento.

Dudo..., temo..., vacilo... en mi cabeza  
siento arder un volcán.... muevo la planta  
sin voluntad, y humilla mi grandeza  
un no sé qué de grande que me espanta.

*(Un momento de pausa.)*

¡Jamás mi orgullo concibió que hubiere  
nada más que el valor...! Que se aniquila  
el alma con el cuerpo cuando muere  
creí..., mas hoy mi corazón vacila.  
¡Jamás creí en fantasmas...! ¡Desvaríos!  
Mas del fantasma aquel, pese a mi aliento,  
los pies de piedra caminando siento,  
por doquiera que voy, tras de los míos.  
¡Oh! Y me trae a este sitio irresistible,  
misterioso poder...

*(Levanta la cabeza y ve que no está en su pedestal la estatua de  
DON GONZALO.)*

¡Pero qué veo!  
¡Falta de allí su estatua...! Sueño horrible,  
déjame de una vez... No, no te creo.  
Sal, huye de mi mente fascinada,  
fatídica ilusión..., estás en vano  
con pueriles asombros empeñada  
en agotar mi aliento sobrehumano.  
Si todo es ilusión, mentido sueño,  
nadie me ha de aterrar con trampantojos;  
si es realidad, querer es necio empeño  
aplacar de los cielos los enojos.  
No: sueño o realidad, del todo anhelo  
vencerle o que me venza; y si piadoso  
busca tal vez mi corazón el cielo,

que le busque más franco y generoso.  
La efigie de esa tumba me ha invitado  
a venir a buscar prueba más cierta  
de la verdad en que dudé obstinado...  
Heme aquí, pues comendador, despierta.

*(Llama al sepulcro del COMENDADOR.-Este sepulcro se cambia en una mesa que parodia horriblemente la mesa en que cenaron en el acto anterior DON JUAN, CENTELLAS y AVELLANEDA. - En vez de las guirnaldas que cogían en pabellones sus manteles, de sus flores y lujoso servicio, culebras, huesos y fuego, etcétera. (A gusto del pintor.) Encima de esta mesa aparece un plato de ceniza, una copa de fuego y un reloj de arena.-Al cambiarse este sepulcro, todos los demás se abren y dejan paso a las osamentas de las personas que se suponen enterradas en ellos, envueltas en sus sudarios. Sombras, espectros y espíritus pueblan el fondo de la escena-La tumba de DOÑA INÉS permanece.)*

## *Escena II*

### *DON JUAN, LA ESTATUA DE DON GONZALO, y LAS SOMBRAS*

ESTATUA.           Aquí me tienes, don Juan,  
y he aquí que vienen conmigo  
los que tu eterno castigo  
De Dios reclamando están.

D. JUAN.           ¡Jesús!

ESTATUA.                           ¿Y de qué te alteras,  
si nada hay que a ti te asombre,  
y para hacerte eres hombre  
plato con sus calaveras?

D. JUAN.            ¡Ay de mí!

ESTATUA.                            Qué, ¿el corazón  
te desmaya?

D. JUAN.                            No lo sé;  
concibo que me engañé;  
no son sueños..., ¡ellos son!

*(Mirando a los espectros.)*

Pavor jamás conocido  
el alma fiera me asalta,  
y aunque el valor no me falta,  
me va faltando el sentido.

ESTATUA.                            Eso es, don Juan, que se va  
concluyendo tu existencia,  
y el plazo de tu sentencia  
está cumpliéndose ya.

D. JUAN.                            ¡Qué dices!

ESTATUA.                            Lo que hace poco  
que doña Inés te avisó,  
lo que te he avisado yo,  
y lo que olvidaste loco.  
Mas el festín que me has dado  
debo volverte, y así  
llega, don Juan, que yo aquí  
cubierto te he preparado.

D. JUAN.                            ¿Y qué es lo que ahí me das?

ESTATUA.                            Aquí fuego, allí ceniza.

D. JUAN.                            El cabello se me eriza.

ESTATUA.                            Te doy lo que tú serás.

D. JUAN.                            ¡Fuego y ceniza he de ser!

- ESTATUA. Cual los que ves en redor  
en eso para el valor,  
la juventud y el poder.
- D. JUAN. Ceniza, bien; ¡pero fuego!
- ESTATUA. El de la ira omnipotente,  
do arderás eternamente  
por tu desenfreno ciego.
- D. JUAN. ¿Conque hay otra vida más  
y otro mundo que el de aquí?  
¿Conque es verdad, ¡ay de mí!,  
lo que no creí jamás?  
¡Fatal verdad que me hiela  
la sangre en el corazón!  
Verdad que mi perdición  
solamente me revela.  
¿Y ese reló?
- ESTATUA. Es la medida  
de tu tiempo.
- D. JUAN. ¡Expira ya!
- ESTATUA. Sí; en cada grano se va  
un instante de tu vida.
- D. JUAN. ¿Y esos me quedan no más?
- ESTATUA. Sí.
- D. JUAN. ¡Injusto Dios! Tu poder  
me haces ahora conocer,  
cuando tiempo no me das  
de arrepentirme.
- ESTATUA. Don Juan,  
un punto de contrición

da a un alma la salvación  
y ese punto aún te le dan.

D. JUAN. ¡Imposible! ¡En un momento  
borrar treinta años malditos  
de crímenes y delitos!

ESTATUA. Aprovéchale con tiento,  
*(Tocan a muerto.)*  
porque el plazo va a expirar,  
y las campanas doblando  
por ti están, y están cavando  
la fosa en que te han de echar.

*(Se oye a lo lejos el oficio de difuntos.)*

D. JUAN. ¿Conque por mí doblan?

ESTATUA. Sí.

D. JUAN. ¿Y esos cantos funerales?

ESTATUA. Los salmos penitenciales,  
que están cantando por ti.

*(Se ve pasar por la izquierda luz de hachones, y rezan dentro.)*

D. JUAN. ¿Y aquel entierro que pasa?

ESTATUA. Es el tuyo.

D. JUAN. ¡Muerto yo!

ESTATUA. El capitán te mató  
a la puerta de tu casa.

D. JUAN. Tarde la luz de la fe  
penetra en mi corazón,  
pues crímenes mi razón  
a su luz tan sólo ve.

Los ve... con horrible afán  
porque al ver su multitud  
ve a Dios en la plenitud  
de su ira contra don Juan.  
¡Ah! Por doquiera que fui  
la razón atropellé,  
la virtud escarnecí  
y a la justicia burlé,  
y emponzoñé cuanto vi.  
Yo a las cabañas bajé  
y a los palacios subí,  
y los claustros escalé;  
y pues tal mi vida fue,  
no, no hay perdón para mí.  
¡Mas ahí estáis todavía

*(A los fantasmas.)*

con quietud tan pertinaz!  
Dejadme morir en paz  
a solas con mi agonía.  
Mas con esta horrenda calma,  
¿qué me auguráis, sombras fieras?  
¿Qué esperan de mí?

*(A la estatua de DON GONZALO.)*

ESTATUA.

Que mueras

para llevarse tu alma.  
Y adiós, don Juan; ya tu vida  
toca a su fin, y pues vano  
todo fue, dame la mano  
en señal de despedida.

D. JUAN.

¿Muéstrasme ahora amistad?

ESTATUA.            Sí: que injusto fui contigo,  
y Dios me manda tu amigo  
volver a la eternidad.

D. JUAN.            Toma, pues.

ESTATUA.                            Ahora, don Juan,  
pues desperdicias también  
el momento que te dan,  
conmigo al infierno ven.

D. JUAN.            ¡Aparta, piedra fingida!  
Suelta, suéltame esa mano,  
que aún queda el último grano  
en el reloj de mi vida.  
Suéltala, que si es verdad  
que un punto de contrición  
da a un alma la salvación  
de toda una eternidad,  
yo, Santo Dios, creo en Ti:  
si es mi maldad inaudita,  
tu piedad es infinita...  
¡Señor, ten piedad de mí!

ESTATUA.            Ya es tarde.

*(DON JUAN se hince de rodillas, tendiendo al cielo la mano que le deja libre la estatua. Las sombras, esqueletos, etc., van a abalanzarse sobre él, en cuyo momento se abre la tumba de DOÑA INÉS y aparece ésta. DOÑA INÉS toma la mano que DON JUAN tiende al cielo.)*





*(Cesa la música y salmodia.)*  
callad, mortuorias campanas

*(Dejan de tocar a muerto.)*  
ocupad, sombras livianas,  
vuestras urnas sepulcrales

*(Vuelven los esqueletos a sus tumbas, que se cierran.)*  
volved a los pedestales,  
animadas esculturas;

*(Vuelven las estatuas a sus lugares.)*  
y las celestes venturas  
en que los justos están,  
empiecen para don Juan  
en las mismas sepulturas.

*(Las flores se abren y dan paso a varios angelitos que rodean a DOÑA INÉS y a DON JUAN, derramando sobre ellos flores y perfumes, y al son de una música dulce y lejana, se ilumina el teatro con luz de aurora. DOÑA INÉS cae sobre un lecho de flores, que quedará a la vista en lugar de su tumba, que desaparece.)*

### *Escena última*

### *DOÑA INÉS, DON JUAN y LOS ÁNGELES*

D. JUAN.           ¡Clemente Dios, gloria a Ti!  
Mañana a los sevillanos  
aterrará el creer que a manos  
de mis víctimas caí.  
Mas es justo: quede aquí  
al universo notorio  
que, pues me abre el purgatorio  
un punto de penitencia,

es el Dios de la clemencia  
el Dios de Don Juan Tenorio.

*(Cae DON JUAN a los pies de DOÑA INÉS, Y mueren ambos. De sus bocas salen sus almas representadas en dos brillantes llamas, que se pierden en el espacio al son de la música. Cae el telón.)*